

LAS BRUJAS DEL SÁBADO

SILVER KANE

—Todo este lugar tiene mala fama desde que murieron asesinadas las tres primas de usted.

—¿Asesinadas? —dijo ella, con voz de falsete—. ¡Pero si mis primas están vivas…!

—El señor Blanchot, el abogado de la familia, me dijo que le reservara habitación en este hotel —se defendió Marcel—. Está en el mismo Passy y es el mejor de la comarca.

—Pero eso es absurdo… Yo quiero vivir con mis primas. ¡Ellas me han llamado!

Marcel volvió a estremecerse.

Unas gruesas gotas de sudor corrían por su rostro.

Murmuró:

—¿LA HAN LLAMADO…?

—Pues, claro… ¡Y tengo la carta!

—No vaya a aquella casa, señorita Gotard… —dijo con voz trémula —. Usted no sabe lo que es aquello… No vaya de ninguna manera. Por Dios… ¡NO VAYA DE NINGUNA MANERA…!

Nadine no se atrevió a protestar. Puesto que le tenían reservada una habitación allí, la aceptaría. Pero sería solamente por una noche. A la mañana siguiente la iban a oír. Ella iría a casa de sus primas, que la habían invitado a pasar una temporada juntas. E incluso la carta terminaba con esta frase: «LOS SÁBADOS LO PASAMOS EN GRANDE».



Silver Kane

Las brujas del sábado

Bolsilibros: Selección Terror - 64

ePub r1.0

Titivillus 02.03.15

Título original: *Las brujas del sábado*
Silver Kane, 1974
Diseño de cubierta: Desilo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




ST
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

El tren se detuvo en la pequeña estación de Molineux, en la gran línea férrea que lleva a Lyon y a París. No era un tren importante, sino un modesto correo que se detenía en todas las estaciones. De él se desprendía esa sensación de tristeza polvorienta que parece acompañar siempre a los trenes provincianos, lento y eternos viajeros de una ruta que parece no llevar a ninguna parte.

La muchacha que descendió de allí hubiera llamado la atención en muchos sitios, incluso en los barrios elegantes de París. Llevaba un modelo de *prêt-à-porter*, pero elegante y caro. La belleza y juventud de sus líneas destacaba bajo aquella tela liviana. Tuvo un cierto estremecimiento de frío y miró el andén vacío, hostil, cargado de sombras, en la cual parecían brillar desde el principio de los siglos unas bombillas polvorientas.

Una sombra más espesa se separó de las otras que llenaban la estación. Nadine, que así se llamaba la viajera, descubrió los ojos quietos, pequeños y astutos de un campesino que se acercaba a ella haciendo oscilar las llaves de un coche. Aunque aquellos campesinos ganaban dinero y contaban con todas las comodidades de la vida moderna, seguían teniendo el aspecto desdibujado y receloso de las épocas en que procuraban confundirse con la tierra para que los grandes señores no les vieran y no les esquilmaran. Eran gente que aún creía en leyendas, en misterios, en brujería. Gente extraña que seguía formando un mundo aparte, como siglos antes, y para la cual la vida moderna no era más que una capa superficial que no llegaba a su alma.

El campesino no podía confundirse, puesto que Nadine era la única mujer que había descendido del tren en Molineux. Se llevó una mano a la gorra y preguntó, respetuosamente:

—¿Usted es la señorita Gotard?

—Sí —dijo Nadine—. Usted viene a recibirme, ¿no? Por un

momento había temido que no viniese nadie.

—Es que el tren ha sido muy puntual y por poco me retraso —dijo el campesino—. Pero no se preocupe, porque todo está dispuesto. A propósito, me llamo Marcel.

—Encantado de conocerle, Marcel. Mi nombre de pila es Nadine.

Los dos atravesaron el andén, mientras ella aspiraba el aire húmedo y ligeramente fétido, al menos según su modo de sentir. Porque los grandes almacenes llenos de semillas despedían un olor especial que en las ciudades no se encuentra.

Fuera de la estación había una furgoneta Citroën dos caballos. En la gran plaza no se veía a nadie. Las luces de los edificios y los establecimientos estaban apagadas. Sólo salían resplandores amarillentos de dos lugares: el Hôtel de la Gare y el Café du Commerce, inevitables en todas las pequeñas ciudades provincianas de Francia.

—¡Qué extraño! —dijo ella—. Son sólo las nueve y parece como si estuviéramos a medianoche. No se ve a nadie.

—En Molineux y sus alrededores se hace vida de gallinero —replicó Marcel—. Usted no creo que se acostumbre, porque viene de París. Pero apenas se pone el sol nos vamos a la cama y apenas sale el primer rayo ya estamos pidiendo el desayuno. Pase.

La hizo sentar a su lado en la furgoneta. La carretera que enfilaron era oscura y estaba bordeada de altas acacias. No se sabía por qué, pero parecía llevar a algún sitio siniestro y desconocido, producía una inconfesable sensación de miedo.

—De todos modos —siguió explicando Marcel, que parecía algo hablador—, Molineux es un sitio más retraído que los otros. Hemos de reconocerlo, aunque no nos guste. Aquí la gente no viene ni los domingos a bailar, ¿sabe? El sitio tiene mala fama.

—¿Desde cuándo?

—Pues… En fin, tiene mala fama. Eso es todo.

Se notaba que Marcel estaba algo molesto porque se había metido en una conversación que quizá no le gustaba. Ella dirigió una fugaz mirada a la carretera vacía como la avenida de un cementerio, y la cual apenas resultaba desvelada por las luces amarillas del coche. Luego insistió.

—Bueno, pero no podrá tener esa mala fama desde los tiempos de Carlomagno, supongo. ¿Cuándo empezó?

—No me gusta hablar de esto, señorita Gotard. Además, ¿qué necesidad hay?

—Necesitaría saberlo, puesto que voy a vivir una temporada aquí —dijo ella.

Marcel se encogió de hombros mientras tomaba una curva quizá a excesiva velocidad, pero el coche no se le fue, porque conocía bien la carretera.

—Está bien —susurró—, puesto que quiere saberlo, e igualmente se lo dirán en el pueblo, más vale que se lo explique yo. Todo este lugar tiene mala fama desde que murieron asesinadas las tres primas de usted.

—¿Asesinadas? —dijo ella, con voz de falsete—. ¡Pero si mis primas están vivas…!

Y lanzó una breve carcajada que sonó de una forma siniestra, casi irreal, en el interior de la furgoneta. Marcel se estremeció y ahora sí que estuvo a punto de írsele la dirección. Pegó un frenazo que hizo que la muchacha saltara casi hasta el parabrisas.

—¿Pero qué pasa? —preguntó ella—. ¿Tanto le extraña lo que acabo de decirle?

—No, no… Allá usted si tiene esas creencias, allá usted…

—Entonces, ¿por qué ha frenado de ese modo?

—Estamos ante el paso a nivel, ¿no lo ve?

En efecto, una barra blanquirroja cortaba la carretera secundaria. Más allá había un paisaje vacío, desolado y en el que imperaba la niebla. Nadine Gotard se estremeció y no supo bien por qué. A lo lejos se oía el estrépito ululante del expreso que se acercaba a gran velocidad.

Y entonces ella tuvo la primera sorpresa de las muchas que iban a producirse a partir de entonces. Fue una sorpresa que no supo explicarse y que quizá no tenía sentido, pero que la afectó profundamente. Se trataba de una de las ventanillas del expreso.

La pudo ver bien.

Desfiló por delante suyo a poca velocidad.

Aunque el expreso no paraba en Molineux, disminuía algo la velocidad porque atravesaba parte del casco urbano. Por consiguiente, las ventanillas de los coches cama pasaron casi lentamente ante los ojos de la muchacha. Todas despedían la luz rosada exactamente igual: la luz rosada reglamentaria en los

vagones de la sociedad de ferrocarriles franceses. Menos una. Había una ventanilla que despedía una luz intensamente violeta, una luz casi mágica, tan distinta de las otras, que por fuerza hubo de llamar la atención de Nadine. Ésta la estuvo siguiendo como hipnotizada, hasta que se perdió de vista.

Luego, dijo suavemente:

—No lo entiendo. Todas las luces de los departamentos del coche cama tienen que ser iguales, ¿no?

—Claro —dijo Marcel.

—¿Se ha fijado en ésa?

—Sí, y también me ha llamado la atención. Parecía una luz… Bueno, una luz que no tenía sentido. Era fosforescente, ¿no?

—Sí —musitó Nadine—, como la que despediría un muerto.

—¡Qué tontería! —dijo Marcel—. Pero a mí me gusta imaginar cosas, ¿sabe? Aquí las noches son tan largas que uno piensa, piensa…, y siempre se acaba pensando en brujas, como las que en otro tiempo se dice que hubo en esta región.

Hizo una pausa, mientras se levantaba la barrera, y añadió:

—Pero quizá a usted le moleste eso.

—No. ¿Por qué había de molestarme?

—Pues verá… Uno se harta de imaginar tonterías, a veces… Pero es que la comarca ya da eso. Es triste y hasta algo siniestra. ¿Conoce usted la macabra historia de la señora Pacquett?

—No. ¿Quién es?

—Una criada que se casó con el amo, y ahora los herederos quieren quitarle las tierras, basándose en que ellos tienen preferencia. No es que las tierras valgan gran cosa, no… Pero aquí ama uno lo que tiene. ¿Y qué ha hecho la señora Pacquett? Pues no ha dejado que se llevaran el ataúd con el muerto. Lo tiene *dentro del dormitorio*. Duerme con él. El ataúd está bien cerrado, claro, pero yo imagino que aquello debe de ser espantoso. Y nadie ha logrado sacar aún al cadáver de allí. Ni los de Sanidad, ni los de la Gendarmería, ni el presidente Pompidou. Ella defiende las tierras, basándose en el derecho sagrado de los muertos. ¿Qué le parece? ¿Dan estas tierras o no personas que tienen un pie en el otro mundo?[1]

Ella asintió.

Notaba un estremecimiento convulso que parecía hacerle

cosquillas hasta en los mismos huesos.

Marcel puso primera y reemprendieron la marcha. La carretera se hacía cada vez más misteriosa y la niebla más impenetrable. A cada curva parecía como si los grandes árboles cortasen el camino para siempre.

—Pues, como le decía —continuó Marcel—, uno piensa y piensa al caer la noche, sobre todo cuando en la región hace frío y no se oye ni el runruneo de un coche. Y se me ha ocurrido que en ese departamento del coche cama podría ir un ser de otro mundo, un muerto, por ejemplo. De día no se notaría la luz fosforescente que despide, pero de noche sí. *Y de noche él ya estaría encerrado en su departamento del coche cama*. La luz se filtraría a través de la ventanilla exterior, pero nadie lo notaría. Sólo nosotros, como estamos fuera, nos hemos dado cuenta. ¿Qué le parece?

Y lanzó una risita nerviosa.

Nadine Gotard musitó:

—Que no tiene ninguna gracia.

—Pero alguna explicación ha de tener esa luz de color casi violeta, ¿no? En fin, olvídelo. Tampoco tiene tanta importancia.

Ascendieron una pequeña colina llena de curvas y la muchacha, atraída por lo peligroso de la carretera, llegó a olvidarse, en efecto, de la luz irreal que había visto en el tren. Especialmente cuando distinguieron las primeras casas de la población a la cual se dirigían.

—Esto es Passy —dijo él—. Como usted sabe, Passy no tiene apeadero de ferrocarril, y hay que dejar el tren en Molineux. Pero usted va a residir en esa ciudad.

—¿Aquí viven mis primas?

Marcel se estremeció.

Y esta vez su estremecimiento fue tan notable, que casi perdió la dirección del coche.

—Sus primas fueron asesinadas hace dos años —dijo—. Por favor, no insista en eso. Nadie tiene ganas de volverse loco aquí.

Y le señaló el hotel.

También aquel hotel era inevitable en las pequeñas ciudades francesas que están cerca de un lago, y Passy tenía uno de aguas profundas, misteriosas y negras. Se llamaba Hôtel du Lac.

Tenía unas ventanas pequeñas y con anticuadas cortinas blancas,

pero estaban amablemente iluminadas. El ambiente era acogedor, y en verano debían frecuentar aquello bastantes personas amantes de la Naturaleza. Pero Nadine arrugó el ceño al verlo.

—¿Es que voy a hospedarme aquí? —murmuró.

—El señor Blanchot, el abogado de la familia, me dijo que le reservara habitación en este hotel —se defendió Marcel—. Está en el mismo Passy y es el mejor de la comarca.

—Pero eso es absurdo… Yo quiero vivir con mis primas. ¡Ellas me han llamado!

Marcel volvió a estremecerse.

Unas gruesas gotas de sudor corrían por su rostro.

Murmuró:

—¿LA HAN LLAMADO…?

—Pues, claro… ¡Y tengo la carta!

Marcel había frenado. Abrió la portezuela del lado de Nadine. Se notaba que no tenía fuerzas para contestar a nada de aquello.

—No vaya a aquella casa, señorita Gotard… —dijo con voz trémula—. Usted no sabe lo que es aquello… No vaya de ninguna manera. Por Dios… ¡NO VAYA DE NINGUNA MANERA…!

Ella se encontró sin saber cómo en la calle y mirándolo todo con expresión atolondrada. Marcel bajaba su maleta. Un hombre calvo y gordo, con aspecto típico de pequeño hotelero francés afiliado al Partido Radical, se acercaba sonriente.

—Bienvenida, señorita Gotard —dijo.

Nadine no se atrevió a protestar. Puesto que le tenían reservada una habitación allí, la aceptaría. Pero sería solamente por una noche. A la mañana siguiente la iban a oír. Ella iría a casa de sus primas, que la habían invitado a pasar una temporada juntas. E incluso la carta terminaba con esta frase: «LOS SÁBADOS LO PASAMOS EN GRANDE».

Nadine Gotard se durmió, pesadamente en su acogedora habitación del hotel. Y, cosa extraña, no soñó en sus primas ni en lo que le había dicho Marcel, sino en aquella luz morada que se desprendía de uno de los vagones del expreso. Aquella luz que parecía venir del infinito para volver a él. Hubo un momento en que la sensación fue tan extraña y tan intensa, que la muchacha se despertó lanzando un grito.

CAPÍTULO II

El tren se dirigía a Lyon, desde donde rodaría a gran velocidad hasta París, para ser enganchados algunos de sus vagones al gran expreso del Norte que moría en Amsterdam. A aquella hora, pese a ser temprano aún, la mayor parte de los viajeros del coche-cama ya estaban encerrados en sus compartimentos y procuraban dormir. La luz del pasillo era muy tamizada y débil. Todo daba la sensación de discreto confort que dan los expresos europeos de gran clase.

El empleado iba revisando los pequeños detalles.

En los expresos siempre hay que cuidar de mil cosas. Cosas que muchas veces la gente no nota.

Objetos perdidos.

Colillas lanzadas fuera del cenicero.

Cortinas rasgadas.

Bombillas fundidas.

Personas que hablan en voz demasiado alta o que (colmo de los colmos) conectan un transistor a toda marcha…

Pero esta noche no ocurría nada de eso. Era una noche tranquila, y si llegaban a Amsterdam así, daría gusto.

Por debajo de las puertas se filtraban algunas rendijas de luz, correspondiendo a los pasajeros que aún no se habían dormido. El empleado las fue mirando maquinalmente, como hacía siempre. Estaba tan acostumbrado a aquella luz reglamentaria que cualquier variación le hubiera parecido un cataclismo. Pero tampoco pasaba nada, como de costumbre. E iba ya a abandonar el vagón, cuando, de pronto, se fijó en aquello.

La luz que se filtraba por debajo de la penúltima puerta no era normal.

Era una luz morada…

Quizá otra persona no lo hubiese advertido, pero un empleado con tanta experiencia como él, sí que lo notó. La luz era

completamente distinta y, por lo tanto, eso significaba que allí ocurría alguna anormalidad. Claro que también podía venir de un aparato de televisión portátil, pero…

Miró la lista de pasajeros.

Allí viajaba un hombre solo.

Y con qué nombrecito…

El empleado no supo si ponerse a reír o a temblar, al leerlo:

ADOLF FRANKENSTEIN.

Claro que no había por qué extrañarse. En las guías telefónicas de algunas ciudades alemanas importantes, como Munich y Frankfurt, existen algunos Frankenstein. Y el nombre no molesta a los hombres, pero a las mujeres sí. Hay algunas que se lo cambian.

El empleado golpeó quedamente la puerta con los nudillos.

—Señor…

No quiso llamar a aquel tipo por su apellido, para no asustar al pasaje. Como nadie le contestaba, volvió a insistir:

—Señor…

El silencio le alarmó. El pasajero tenía que haberle oído por fuerza. De modo que, por si había ocurrido algo, hizo lo que los reglamentos permitían.

Abrió la puerta con su llave.

Y entonces LO VIO.

Era, quizá, como los otros.

¿Quizá?

¿Qué había en él? ¿Qué fue lo que hizo que la garganta de aquel hombre se crispara de horror? ¿Qué le hizo llevarse las manos a la cara, como si estuviera viendo una escena espantosa?

Entonces el cuello, el filo del acero le segó.

Fue instantáneo.

No pudo gritar.

La luz color morado pareció acentuarse.

Una mano lo empujó hacia dentro. Luego la puerta se cerró en silencio. Fuera, en la moqueta del pasillo, quedaría una gota de sangre, pero nadie iba a fijarse en ella. El tren cambió de vías y produjo un frenético chirrido.

Luego volvieron a reinar el silencio y la calma. Luego volvió a

imperar la angustia indefinible de la noche.

CAPÍTULO III

Cuando Nadine Gotard se despertó a la mañana siguiente, estaba más que dispuesta a cantarle cuatro verdades el abogado Blanchot, a pesar de que el hotel era bueno y habían cuidado de todos los detalles. «¿Por qué no puedo vivir con mis primas?», estaba dispuesta a decirle. «¿Por qué no puedo aceptar una invitación formal que además me ha llegado por medio de una carta?».

De todos modos pensó que el abogado Blanchot, siempre tan ocupado, no daría la cara y que le costaría hablar con él. Pero no fue así. Él mismo vino al hotel cuando Nadine, antes de salir a la calle, había dado buena cuenta de un copioso desayuno y encendía su primer cigarrillo del día. En la oficina de París se había acostumbrado a fumar dos por la mañana y dos por la tarde.

Blanchot, con pelo engomado y bigotito de muestra, también tenía un no sé qué de hotelero afiliado al Partido Radical. Venía con un hombre joven y de aspecto bastante distinguido, pero que no gustó nada a la muchacha. Tenía un cierto aspecto de psiquiatra.

El abogado se apresuró a besarle la mano ceremoniosamente.

—Señorita Gotard… —dijo—. Usted no me conoce.

—No le conozco —dijo ella, sonriendo—, pero no resulta difícil adivinar quién es. Supongo que estoy ante el abogado Blanchot.

—Para servirla… Yo fui amigo de su padre, el diputado señor Gotard. Gran hombre, el señor Gotard. Cuando la votación de los presupuestos generales del 62, mantuvo una posición absolutamente incorruptible.

Se sentó a la mesa, aprovechando que estaban solos en el amplio comedor, y añadió:

—Mi acompañante es el doctor Marsac.

—¿Psiquiatra? —preguntó Nadine.

Blanchot sonrió.

—¡Oh, por Dios…!

Pero no dijo que no lo fuera.

Marsac la saludó con una inclinación de cabeza y mantuvo una actitud distante y reservada, observándola sin disimulos. Que aquello era un examen en toda regla no podía dudarse. El abogado, con esa cazurrería de la gente provinciana, lo había traído allí para asegurarse, creyendo que iba a tratar con una loca.

—¿Qué? —dijo—. Magnífico hotel, ¿eh? Eso prueba que el alcalde, que es de la Unión Gaullista, se preocupa, por lo que dicen los del Sindicato de Iniciativas. En fin, que se preocupa del turismo. ¿Está usted bien instalada aquí?

—Sí —dijo Nadine—, pero no me importa.

—¿Cómo que no le importa?

—Pensaba hospedarme una sola noche, y la noche ha pasado ya.

—¿Y dónde piensa dormir hoy?

—En casa de mis primas, naturalmente.

—¿Sus… primas?

—Pues claro…

Blanchot intentó sonreír y luego carraspeó como si se dispusiera a plantear ante la comisión departamental un asunto difícil. Un asunto de ésos en los que hay metidos mujeres y finanzas, que son los que dan gusto.

—Pequeña… —dijo, cariñosamente—. Perdone que la llame *pequeña*, aunque usted tenga ya más de veinte años, pero yo podría ser su padre, por desgracia. Entiéndame… Quiero decir que ya empiezo a pertenecer a los ilustres viejos de la localidad. Durante muchos años he sido abogado de los Gotard.

—¿Y qué?

—Pues…, pues que…

—¿Qué?

Blanchot tragó saliva de golpe.

—Asistí al entierro de sus primas —dijo bruscamente.

Nadine cerró un momento los ojos.

Parecía haber sufrido un golpe en la cara.

Pero se rehízo pronto y sonrió. Hasta logró que su sonrisa fuera enteramente natural y simpática.

—Señor Blanchot —dijo—, ¿qué absurda historia es esa de que fueron asesinadas?

—Las tres.

—¿Cuándo?

El abogado contestó con otra pregunta:

—¿Dónde estaba usted el diez de diciembre de hace dos años, señorita Gotard? Le escribí y no pude comunicarme con usted.

—Viajaba. Mi pasaporte puede probarlo.

—Nadie le pide pruebas. Me limito a recordarle que yo le comuniqué la triste nueva, de la que le suponía bien enterada. Luego pasaron dos años y ya no me preocupé. Poco dinero había que administrar, de modo que el asunto de sus primas fue quedando enterrado, especialmente al no dar la policía con ninguna pista del miserable asesino. La vida provinciana tiene eso de bueno: uno se va adormeciendo. Y, de pronto, viene usted y nos despierta a todos con ese aldabonazo: sus primas la habían invitado a pasar una temporada, con ellas. ¿Cree que eso es decente? ¿Se puede hacer eso con hombres que no esconden su declaración de ingresos y que siempre han votado a las derechas?

Ella apretó los labios.

Daba la sensación de que aquel asunto empezaba a enojarlo de verdad.

—Usted no me dio demasiadas explicaciones en su carta —dijo —. Sólo me aconsejó que no viniera.

—¿Y qué quería que hiciese? Uno tiene que ser un poco diplomático, ¿no? No iba a adjuntarle fotografías del triple crimen.

—Quizá más hubiera valido —protestó ella—, porque al menos hubiese creído en esa absurda historia. Pero ya que me presentaba aquí, usted me envió a Marcel, ¿no? Y me buscó habitación en un sitio que no fuera la casa de mis primas.

—¿Y qué iba a hacer usted allí?

—Pues muy sencillo: VERLAS.

Blanchot se estremeció.

Se iba diluyendo, por momentos, toda la seguridad en sí mismo que había demostrado al entrar.

Miró a Marsac.

Y éste —que desde luego era psiquiatra— dijo, con muy poco disimulo:

—A mí me parece una persona normal. No creo que estemos ante una visionaria, ni ante una farsante. Cree sinceramente lo que dice.

—¿Cómo no voy a creerlo, si tengo la carta? —protestó Nadine.

—Pues menuda broma —dijo Blanchot.

—¿Broma?

—Sí. De mal gusto. No creí que en esta comarca, donde los gaullistas tienen mayoría, hubiera personas capaces de hacer eso. Deben ser partidarios del señor Mitterrand, que se ha pasado a los comunistas.

Nadine puso un papel sobre la mesa.

Y murmuró:

—¿He inventado esto?

El abogado miró la hoja de papel, que tenía dos docenas de líneas. La pasó a Marsac y éste, con menos disimulo aún que la primera vez, gruñó:

—Esperen.

Salió como si tuviera que cobrar un cheque en el Banco antes de que cerraran las ventanillas.

Blanchot invitó a la muchacha a salir también de allí y le mostró la pequeña ciudad, mientras procuraba hablar de otra cosa. Passy era un lugar agradable y acogedor, de unos cinco mil habitantes, con una iglesia medieval, un museo histórico donde se custodiaba una cama en que había dormido Francisco I (si todas las camas en que murió fueran auténticas, resultaría que el rey no habría tenido tiempo de levantarse ni el día de Navidad); unos cuantos bares, dos hoteles y un floreciente comercio. Las calles estaban limpias y todo indicaba que los negocios marchaban bien.

Con eso transcurrió media hora. Volvían a las cercanías del lago, cuando vieron aparecer a Marsac.

Éste estaba más pálido que un muerto.

Devolvió la carta a Blanchot.

—Auténtica —musitó.

—¿Queeeeeeé…?

—Eso; que es auténtica. La ha escrito la mayor de las tres hermanas.

Al abogado le temblaban las manos.

Miró a Nadine como si ésta fuera una alucinación.

Luego clavó sus ojos en Marsac, mientras balbucía:

—A ver… Ex…, explíquese…

—Muy sencillo. He ido a llevar el documento al calígrafo Rowe,

de la policía de Lyon. Usted lo hizo venir expresamente, porque creyó que la señorita estaba… estaba…

—No hace falta entrar en detalles. Siga.

—Rowe ha mirado primero el sobre. Depositado en Correos hace quince días. Y aquí mismo, en la población de Passy. El matasellos es rigurosamente auténtico. Luego ha estudiado la letra, comparándola con algunos escritos comprobados que tenemos de las tres hermanas Gotard. Ya sabe usted que Rowe es uno de los mejores calígrafos de Francia. Pues bien, ha dicho que la carta es del todo auténtica y que la escribió Justine, la mayor de las tres hermanas mu…, mu… mu…

Nadine preguntó secamente:

—¿Iba a decir *muertas*?

Ninguno de los dos hombres supo contestar. A ambos se les había secado espantosamente la boca.

Lo único que el abogado pudo balbucir trabajosamente, al cabo de unos instantes, fue:

—No vaya allí… Ahora tengo más motivos que nunca para decírselo… Por Dios… NO VAYA… NO VAYA…

CAPÍTULO IV

La casa conservaba su aspecto de gran mansión solariega que tuvo hasta un siglo atrás, cuando se inició la decadencia de las solemnes estirpes rurales. Constaba de dos plantas en las que debía haber al menos veinte habitaciones, la mayor parte de ellas casi inhabitables, por supuesto, ya que las hermanas Gotard no parecían haberse gastado mucho dinero en reparaciones. Los tejados de pizarra estaban desconchados en muchos lugares y los goterones estaban rotos. La lluvia debía producir allí sonidos extraños, durante las noches de invierno. Muchas ventanas pintadas de verde unas y gris otras estaban desencajadas y el viento las hacía golpear. Por fin, bastantes cristales aparecían rotos. El brillo del sol dibujaba en ellos unos guiños tras los que parecían acechar misteriosos rostros nacidos entre las sombras.

Por supuesto, la casa estaba rodeada de un amplio jardín. Antiguamente aquello debió de estar muy bien ordenado, según las reglas tradicionales de la jardinería francesa, que es una de las más geométricas que existen. Pero ahora, había hierbas que casi cubrían a una persona y los árboles, muy tupidos, proyectaban espesas sombras. Toda la mansión producía una sensación deprimente, surgida de mil detalles que uno no sabía definir.

Nadine descendió del taxi y la miró desde la curva de la carretera. El abogado Blanchot ni siquiera se movió de su asiento.

—Ahora ya la ha visto —dijo—. Larguémonos.

—¿Por qué? Pienso vivir aquí.

—Está loca…

—¿Aún dice eso? Los locos son ustedes. ¿Qué más pruebas necesita de que mis primas viven?

Y anduvo unos pasos.

Todo aquello producía un miedo indefinible, un miedo que llegaba hasta los huesos, pero al mismo tiempo daba una

maravillosa sensación de libertad. Cualquiera hubiera dicho que durante siglos, nadie se había acercado por allí. Y eso, en un mundo que empieza a estar ya densamente poblado, tiene un precio. Bien reparada y convertida en una casa de vacaciones junto al lago, la casa hubiera podido valer una fortuna.

Nadine susurró:

—Es maravillosa…

Blanchot había bajado también del taxi. Se daba cuenta de que, al fin y al cabo, hacía el ridículo. A plena luz del sol y en la carretera departamental, ¿qué miedo podía tener?

—Verá… —dijo—. Ahí tiene agua corriente, pero luz eléctrica, no. Por las noches tendrá que alumbrarse con quinqués, y eso es…, ¿cómo le diría?… Es siniestro. Por otra parte, para comprar cualquier cosa, incluso un paquete de sal, le hará falta llegarse hasta Passy.

Nadine se encogió de hombros.

—No es ningún obstáculo —dijo—. En la calle principal he visto una tienda de coches de segunda mano. Hay un Peugeot tipo 404 que ofrecen a muy buen precio. Lo compraré y me servirá para hacer los viajes que haga falta.

—Es usted una chica muy valiente, Nadine. Demasiado valiente, quizá. Ha vivido siempre en París y no sabe lo que son estas grandes mansiones rurales.

—¿Qué son?

—Pues… Bien, en realidad no son nada especial, pero están llenas de ruidos furtivos. Y de habitaciones cerradas. Por las noches no se acerca aquí un alma, y puede pasar cualquier cosa. En fin, ¿qué más quiere que le diga? No en todas las casas de la región han sido asesinadas tres personas. Desde entonces, esto tiene mala fama.

—Ya me lo dijo Marcel. Oiga, señor Blanchot… Yo estaba fuera cuando ellas murieron y no me enteré de los detalles. Viajaba por España, y aunque en España se venden periódicos franceses, yo no los compraba. Quería olvidarme del trabajo, olvidarme del bullicio de París, olvidarme de todo… Cuando volví a casa, no supe que ellas habían muerto. La primera carta de usted, comunicándome la tragedia, se había perdido. Pese a ser las tres hermanas Gotard primas carnales mías, yo no me trataba con ellas apenas. Las felicité dos años seguidos para Navidad, como hacía siempre, y ellas no me

contestaron. ¿Qué pasó?

Blanchot entrecerró los ojos. Por ellos pasó una lucecita de ira, como si odiase estar en aquel mundo absurdo.

—¿Cómo quiere que le contestaran? —dijo—. Estaban muertas.

—¿Y por qué no me fueron devueltas las cartas?

—Las recibí yo —explicó Blanchot—. Era el administrador de las tres mujeres y, por lo tanto, me seguían entregando lo que llegaba a su nombre. Pude haberle, contestado a usted recordándole que estaban muertas, pero me supo mal. Además me parecía absurdo repetirlo. En las pequeñas poblaciones tenemos la creencia de que las cosas se acaban resolviendo solas y le aseguro que así se vive mejor.

—Y se muere mejor —dijo enigmáticamente Nadine—. Y ahora contésteme con sinceridad a una pregunta, señor Blanchot: ¿tenían dinero mis primas?

—No. Con franqueza, no. Conservaban una pequeña herencia de sus padres que yo les iba administrando. Llevaban camino de convertirse en unas viejas solteronas, ¿sabe? Esas solteronas que viven de una pequeña renta, tienen un loro y creen en las brujas. Lo que pasa es que la muerte no les dejó tiempo para llegar a eso. La mayor, cuando fue asesinada, tenía veinticinco años.

—¿Asesinada? —preguntó Nadine con un gesto de incredulidad.

Blanchot hizo un gesto de paciencia.

—Bueno —dijo—, me crea o no, eso es lo que yo sé. Vi sus cadáveres y asistí al entierro.

—¿Cómo murieron? —preguntó Nadine con entonación incrédula—. Es decir, ¿cómo se cuenta por aquí que murieron?

—Fue…, fue muy extraño. Parecía como si se tratara de una misa negra, una de esas ceremonias macabras que se celebraban en la Edad Media y por cuya causa murió tanta gente.[2] He de decirle que sus primas eran muy aficionadas a la brujería. Aquí hay muchas supersticiones campesinas, pero lo de las hermanas Gotard ya iba demasiado lejos. Alguna vez habían invocado a Yahré.

—¿Yahré? Jamás había oído ese nombre. ¿Quién es Yahré?

—Alguien que no existe —el abogado hizo un gesto de convicción—. No, no existe. Pero tiene su leyenda.

—¿Qué leyenda?

Blanchot se encogió de hombros.

—En fin… ¿Qué puedo decirle? Historias de vampiros y cosas de ésas. En Transilvania creen en Drácula; aquí se cree en Yahré. Pero se trata de algo muy distinto, puesto que Yahré, aun siendo un criminal, es también una especie de justiciero. Por lo menos, eso dice la leyenda.

Nadine se encogió de hombros.

—Estúpidas leyendas… —dijo—. Pero me gustaría conocerlas, como me gustará conocer todo lo que se refiere a mis primas carnales. ¿Qué se cuenta de ese extraño personaje?

—Pues… algo así como lo del conde Drácula. Era un poderoso señor de la comarca que existió realmente y de cuyo castillo se conservan las ruinas, cerca de aquí. Pero ésa es la única verdad. Lo demás es leyenda. Cuenta la gente que en la Edad Media le acusaron de celebrar misas negras y mataron a toda su familia. En realidad, él y sus parientes no habían hecho nada, eran inocentes. Se trataba de un pretexto para despojarles de sus bienes a beneficio de otros grandes señores de la comarca. Yahré también fue muerto, pero luego hubo quien aseguró haberle visto entre las ruinas de su castillo. Lo cierto fue que los que habían provocado aquellas muertes, así como las muertes de otras personas que no eran culpables, empezaron a irse de este mundo en condiciones más bien trágicas. Hubo auténticas matanzas en las noches de los sábados o, al menos, eso dice la leyenda.

—¿Por qué en sábado? —preguntó Nadine, con la misma mueca de incredulidad.

—Pues porque los conducidos a la hoguera lo fueron precisamente en sábado. Y porque en sábado habían sido también muertos otros familiares de Yahré. Pero le sigo hablando de acuerdo con la leyenda, ¿me entiende? No debe tomar esto como dato histórico, ni mucho menos. También se dice que Yahré empleaba un arma muy…, muy especial para degollar a sus víctimas.

—¿Las degollaba?

—Sí.

—¿Con qué?

—Con una guadaña.

La muchacha sintió un estremecimiento.

No pudo evitarlo.

Con voz velada susurró:

—Se le vería demasiado, si iba con ella.

—Debe haber guadañas de muchos tamaños —susurró enigmáticamente Blanchot—. Ahora ya no se usan, claro, porque toda la siega se hace mecánicamente. Pero en teoría puede haber algunas guadañas que sean, incluso, del tamaño de una hoz.

Nadine volvió a estremecerse.

No sabía lo que le ocurría.

Quizá era que no acababa de gustarle la voz de Blanchot. La voz de Blanchot parecía esta mañana completamente distinta.

—En fin —dijo el abogado—, sus primas invocaban a Yahré. Creían en él y aseguraban haberle visto los sábados. Lo alababan mucho, como si fuera un viejo amigo. No se daban cuenta de que todo eso eran chifladuras de aldeanos y de que, además, Yahré, según la leyenda, no era más que un asesino. Por cierto, hay un párrafo de esa carta recibida por usted que no me ha gustado nada, lo que se dice nada.

—¿Qué párrafo?

—Ése en el que dice que lo van a pasar en grande los sábados, o algo así.

Nadine cerró los ojos un momento. ¿Pasó por ellos un ramalazo de miedo? ¿Quizá pensó por primera vez que aquello no le gustaba? ¿Y que Blanchot tenía razón?

—No demos a eso demasiada importancia —dijo ella, al fin—. Hay cosas mucho más serias.

—¿Por ejemplo?

—No me ha explicado cómo fueron asesinadas las hermanas Gotard.

—Pues…, pues verá. Es un relato que no me gusta.

—Por favor, cuéntemelo.

—Si quiere, en la Biblioteca Municipal tienen todos los periódicos que tratan el tema.

—Tendría que leer muchos detalles que no me interesan. Por favor, cuénteme, en resumen, lo que ocurrió.

Blanchot miró a otro lado. Se notaba que el tema le disgustaba, efectivamente, y mucho más estando allí, tan cerca de la casa. Con voz velada dijo:

—A dos de ellas las degollaron mientras dormían. ¿Se empleó para ello un cuchillo? ¿Se empleó para ello una guadaña, como las

que la leyenda atribuye a Yahré? No lo sabemos. La policía sólo ha podido averiguar que se trataba de un arma curva, pero hay muchos cuchillos que lo son, como, por ejemplo, las gumías. Tampoco fue hallada la menor huella del asesino, como si hubiera pasado a través de las paredes.

Nadine volvió la cabeza.

Blanchot hubiese jurado que hasta su cuello se había estremecido.

Prefirió no continuar.

Pero fue ella la que dijo, secamente:

—Me ha hablado de dos muertes. ¿Cómo fue la tercera?

—Pues…, pues verá. La de Justine, la hermana mayor, fue sencillamente espantosa.

—¿Qué hicieron con ella?

—Debía dormir como las otras, claro. Pero el asesino le dio un fuerte golpe que la dejó aturdida, de modo que no pudiera despertar en largo tiempo.

—¿Y qué hizo con ella?

—Estremece decirlo.

—Por favor, cuéntemelo. ¿Voy a vivir aquí, no? Es algo que necesito saber. Hábleme de eso, aunque a nadie le guste.

—Verá… —Blanchot hizo una pausa, antes de añadir—: Mientras estaba así, dormida, le cosieron los ojos.

Las manos de Nadine temblaron de tal modo, que estuvieron a punto de chocar en el aire.

—¿Cómo pudieron co…, coserle los ojos? —musitó.

—He querido decir los párpados. Estaban cosidos y no podía abrirlos. Cuando despertó, tuvo la sensación de volverse loca. Hay quien dice que la oyó chillar toda la noche, pero nadie se atrevía a acercarse a esta casa que ya tenía fama desde tiempo inmemorial. Al final, el asesino la empujó y la arrojó a un pozo. Lástima que Justine se llevara al otro mundo su secreto.

—¿Qué secreto?

—La identidad de la persona que la mató.

—¿Pero, cómo, si no podía verla?

—Podía oírla —dijo, suavemente, Blanchot—. En realidad debió estar oyéndola toda la noche. Debió ser espantoso, ¿se da cuenta? En sus vueltas desesperadas por la casa, debió tropezar varias veces

con los cadáveres de sus hermanas. Y, mientras tanto, debía oír al asesino, aunque sólo fuese su modo de andar. Pero yo estoy convencido de otra cosa: estoy convencido de que el asesino no dejó pasar toda la noche sin decirle al menos algunas palabras. Estoy persuadido de que hablaron. Si a Justine le permitió vivir más que a las otras fue precisamente para contarle algo. Justine, por tanto, conoció a su asesino. Lo terrible fue que se llevara su nombre a la tumba.

—Quizá antes de morir dejó algún indicio —musitó Justine—. Alguna señal, alguna huella…

—Nada —dijo Blanchot con gesto de desaliento—. Nada de nada. Al menos la policía no ha sabido encontrarlo, y la policía de aquí no es tonta, créame. Éste es un asunto cerrado y del que nadie ha querido saber nada más, sobre todo andando por medio el nombre de Yahré. Por eso le he pedido tan encarecidamente que no se quede en la casa. Una cosa es ser valiente, señorita Gotard, pero otra cosa es estar loca.

Ella se encogió de hombros.

Si alguna vez, durante el relato, llegó a sentir miedo, lo había superado ya por completo. Estaba tranquila. Blanchot la admiró en contra de su voluntad y eso que Blanchot, de las mujeres, sólo solía admirar las piernas.

Nadine miró al taxista.

—¿Puede sacar mi maleta? Pesa bastante.

—Claro, señorita.

Cuando el otro se la hubo dejado en la puerta de la casa, atravesando el descuidado jardín, la muchacha le entregó un cheque.

—Hágame un favor —dijo—. Cómpreme el Peugeot blanco que está expuesto en la tienda de Mercier. Aquí tiene el importe exacto, más los impuestos y una pequeña propina. Yo ya dejé los papeles arreglados antes de venir aquí y sólo falta hacer el pago. Si no lo he traído antes, es porque la primera vez quería venir en taxi a la casa, para conocer el camino. ¿Puede dejármelo mañana en la puerta?

—Pues claro que sí… Y espero que no le haya ocurrido nada, señorita Nadine. Espero que mañana tenga el buen humor de hoy.

Ella sonrió animosamente.

—Estoy segura.

Y se metió en la casa.

No estaba ni cerrada con llave.

Cualquiera podía haber entrado en ella, durante aquellos años.

Podían haber entrado las sombras.

Los fantasmas.

La muerte.

También entró Nadine.

Cuando la puerta se cerró a su espalda, los dos hombres tuvieron un brutal estremecimiento.

CAPÍTULO V

También en aquellos momentos otros hombres tenían un brutal estremecimiento en el depósito de cadáveres de Lyon, pero ni Blanchot ni el taxista que le llevaba de regreso, lo imaginaban.

Tomaron una curva a poca velocidad y se detuvieron a medio kilómetro de la casa. Desde allí Nadine no podía verles ni aunque se subiera al tejado. Pero si se detuvieron fue porque Battelle les hizo unas señas para que frenasen.

Battelle era el jefe de la gendarmería de Molineux, de la cual dependía Passy. Se trataba de un tipo concienzudo y eficaz, que no dejaba nada al azar.

El abogado Blanchot sabía que lo encontraría allí.

Saltó del taxi, para decir:

—Hola, Battelle. ¿Hizo eso?

—Sí. Estuve en la casa antes que ustedes.

—¿Y qué…?

—Imagínese, abogado. Todo lleno de polvo y abandono. Da angustia ver aquello. Y sin embargo, en los armarios están las viejas ropas que las muertas dejaron. Sus juegos de cama, sus vestidos, sus blondas antiguas… No faltan ni sus peines ni sus cepillos de dientes. Angustioso.

A Blanchot también se lo parecía.

Se estremeció.

A lo largo de su existencia se había ido dando cuenta de que, cuando quedan los recuerdos, la muerte es dos veces la muerte.

—¿Nadie había entrado allí?

—Yo no he visto a nadie, aunque es posible que durante este tiempo alguien haya pasado allí una noche o dos. En todo caso, algún vagabundo que no ha robado nada. O ni eso. Porque hay que ver la mala fama que tiene la vivienda entre los vagabundos de la región. Me he convencido también de que funcionaba el agua y de

que no había animales dañinos. No he visto ninguna rata. No creo que, por ese lado, la muchacha tenga molestias.

—¿Dónde ha instalado el micro?

—En el dormitorio de la chica, como es natural.

—¿Lo descubrirá?

—¡Qué va a descubrirlo! —gruñó Battelle—. Está escondido detrás de una mesilla, de modo que tendría que volverla del revés para hallarlo, y aun así… Es perfectamente fiel y recoge hasta las menores palabras. Si esa chica ve algo durante la noche, si chilla de miedo o pronuncia algún nombre, lo sabremos en seguida.

—¿Y si eso ocurre fuera del dormitorio?

—Es una posibilidad —dijo Battelle—, pero comprenderán que no podía llenar la casa de micros. Además, todos estamos convencidos de que si a esa muchacha le ocurre algo, será durante la noche, cuando esté en la cama.

Los otros dos hombres asintieron.

No les avergonzaba confesar que tenían la llamada *piel de gallina*.

Fue Blanchot el que murmuró, al cabo de unos instantes:

—¿Lo oirá desde su despacho, Battelle?

—¡Y de qué modo! Tengo unos amplificadores sensacionales. Dormiré allí, de modo que si a la chica le ocurre algo voy a enterarme apenas ella haya gritado.

—¿Y entonces qué hará?

—Lo previsto anoche con usted, abogado. Un coche patrulla estará en servicio permanente desde la puesta del sol. Nadine no podrá verlo, pero lo tendrá apenas a quinientos metros de la casa. En caso necesario yo les enviaré una señal por radio y recorrerán esos quinientos metros en menos de un minuto, contando el tiempo necesario para arrancar y apearse. Nadine Gotard estará bien protegida, aunque ella no lo sepa.

Los tres hombres suspiraron ruidosamente.

—Más no se puede hacer —dijo Blanchot.

—Lástima que esté tan loca —susurró Battelle.

—Y tan estupenda —gruñó el taxista—. Menudas curvas. Ni un cigüeñal con cinco puntos de apoyo tiene tantos entrantes y salientes…

* * *

Si Battelle, el jefe de la gendarmería local, estaba preocupado, más lo estaban sus compañeros de la Policía Judicial de Lyon, especialmente los adscritos a la Brigada de Ferrocarriles. Porque el cadáver de un revisor que fue echado en falta al llegar el convoy a la estación, había sido hallado a poca distancia de Molineux, con el cuello salvajemente desgarrado. Según todos los síntomas, después de morir había sido arrastrado al interior de uno de los departamentos y arrojado por la ventanilla, de modo que nadie lo pudo ver. Y ahora el cuerpo que había sido hallado junto a las vías descansaba en el depósito de cadáveres de la gran ciudad del Ródano.

Marmon, el jefe de la Brigada de Ferrocarriles, lo miró por centésima vez.

Aquella muerte le obsesionaba.

Vio cómo las manos del forense trabajaban con habilidad y paciencia. Comprendió que todos los datos que pudieran sacarse de aquel muerto los hallaría el especialista en cuyo poder estaba. Pero no le bastaba con eso. Había algo que no cuadraba, que no acabaría de cuadrar quizá nunca…

Su ayudante murmuró:

—¿Qué piensa, señor? ¿Argelinos?

—Viajan muchos argelinos por esa línea —dijo Marmon—, y también muchos marroquíes. Auténtica gentuza. Lo que pasa es que no suelen ir en coche cama.

—Un traficante de drogas tiene suficiente dinero para alquilar todo el tren si él quiere. Y llenarlo de fulanas. Diez en cada vagón, para ir variando.

—No diga necedades —gruñó Marmon, que era muy puritano—. Normalmente hubiera pensado en un asunto de drogas, un asunto que ese pobre hombre descubrió casualmente y por el cual le liquidaron. Pero no acaba de cuadrar. No sé… En todo esto hay algo que no entiendo.

—De todos modos tenemos un dato, señor. El ocupante del departamento donde se cometió el crimen. Estaba empapado de sangre.

—Lo que tenemos es el nombre del ocupante, no el ocupante

mismo —dijo Marmon con un cierto gesto de desprecio—. No me confunda los datos en un asunto así. Y como a nadie le exigen un documento de identidad para reservar un departamento-cama, pudo dar un nombre falso. Incluso lo extraño del nombre apoya esa idea: los Frankenstein no existen.

El ayudante calló.

Sabía que Marmon era peligroso cuando tenía aquella mirada.

No quiso discutir eso de que los Frankenstein no existían. Por el momento ya había ordenado una investigación sobre todos los que llevaban ese apellido en Francia.

—Debió saltar por la ventanilla, no lejos de Molineux —se limitó a decir—, o sea, poco después de deshacerse del cadáver. Hay sectores en que el convoy disminuye mucho la marcha. Los tengo anotados y he enviado hacia allí a los técnicos en huellas.

—Bien hecho —dijo Marmon—. Comuníqueme lo que haya.

Y se volvió hacia el médico.

—¿Algo más, doctor? —preguntó—. ¿Algo sobre el arma homicida?

—He estado tomando medidas… —dijo el forense—, y la cosa no acaba de encajar. De todos modos, estoy, seguro al menos de una cosa: fue un arma curva.

—¿Una gumía árabe?

—No —dijo el médico—. Yo he pensado en otra cosa. Y no me obliguen a decirle lo que he pensado porque no me va a creer.

Marmon alzó bruscamente la cabeza.

Otra vez aquel brillo de hostilidad apareció en sus ojos.

—Usted tiene que decirme cualquier cosa que piense —gruñó—, aunque se le ocurra pensar que el padre del muerto era un invertido. De modo que desembuche. ¿Qué arma curva ha llegado a imaginar usted?

El médico murmuró:

—Repito que no me va a creer.

—De todos modos, suéltelo.

—He pensado en una guadaña…

CAPÍTULO VI

Nadine encontró todo aquello tal como había dicho el jefe de gendarmes Battelle, aunque ella ignoraba por completo que Battelle hubiera estado antes allí. De todos modos no era tonta ni mucho menos, y tenía un instinto que para sí hubieran querido muchos policías.

En seguida se dio cuenta de que alguien había estado en la casa. Por ejemplo, en el polvo que cubría el suelo se marcaban huellas. También advirtió que alguien había comprobado el funcionamiento del agua. Porque los grifos de los cuartos de baño —unos cuartos de baño siniestros y anticuados— estaban cerrados, pero sin embargo, en los mosaicos existían gotas. Por si eso no bastara, los pomos de las puertas estaban limpios. Alguien había puesto las manos en ellos, muy poco antes.

Battelle era un gendarme demasiado provinciano. No guardaba las precauciones que hubiese guardado, por ejemplo, un mediano agente de París.

¡Pero Nadine no sabía aún que era Battelle quien había estado allí!

Su corazón pareció encogerse durante unos momentos.

Pero, si llegó a sentir miedo, lo dominó en seguida.

La casa contaba con un adelanto del cual no le habían hablado: el teléfono. Aquello era tan importante, que cambiaba muchas cosas. Y la línea no había sido cortada, porque Blanchot, fiel administrador, debió ir pagando las cuotas.

Miró las guías telefónicas que se conservaban en la casa. Ésta aún tenía de todo, incluso (detalle estremecedor que a ella no le pasó inadvertido) los cepillos de dientes de las muertas. Buscó el teléfono de Blanchot y marcó el número. El abogado acababa de llegar a su casa.

—No me había dicho que existía —dijo ella—. Eso cambia

muchas cosas.

—Verá… Yo lo que quería era disuadirle de que fuera a la casa. Si le llego a hablar del teléfono, usted se hubiera emperrado aún más en ir ahí. De todos modos, ya está metida en el ajo. ¿Me llama sólo para eso?

—No. Es que quiero avisarle de algo. Poco antes de llegar yo, han entrado en la casa.

Y le explicó todos los detalles observados. Como la conversación la tenía desde el dormitorio, Battelle oía también perfectamente a la muchacha hablando a través del micro. Estaba admirado. La mayor parte de sus gendarmes tripones no hubiesen reparado en nada de aquello, especialmente las gotas de agua bajo los grifos de las bañeras.

Blanchot pensaba lo mismo.

Susurró:

—Es usted admirable, Nadine.

—¿Por qué?

—Ante todo, no tenga miedo.

—¡Pero si no lo tengo…!

—El que ha entrado antes que nosotros es el jefe de gendarmes de Molineux y su zona. Se llama Battelle. Prefiero decírselo porque, al fin y al cabo, usted tiene derecho a saberlo. Si ha estado en la casa ha sido para asegurarse de que no había nadie en ella, por ejemplo un vagabundo. ¡Ah…! Y también necesitaba alguien asegurarse de que funcionaba algo tan vital como el agua…

Nadine rió.

Volvía a mostrar de pronto un optimismo desbordante, como si supiese que todo aquello tenía que terminar bien.

—¿No hay nadie más en la casa? —preguntó.

—Absolutamente nadie más. Battelle lo ha comprobado. Puede estar segura.

—Gracias —musitó Nadine—. Sólo quería saber eso.

Y colgó.

Inmediatamente se arrepintió de haberlo hecho.

Porque acababa de oír algo en el piso inferior.

Unos pasos furtivos.

CAPÍTULO VII

Todos los nervios de Nadine Gotard vibraron como antenas. Hasta los pelos se le erizaron. Había oído pasos con tanta claridad, que hasta le pareció como si sonaran dentro del dormitorio.

Se puso en pie.

De pronto, todo le parecía distinto.

Hasta el aire.

Hasta la luz.

Como si la luz fuera más negra.

Los pasos se repitieron, pero luego cesaron por completo. La más absoluta calma volvía a imperar en la casa. No se movía en ella una mota de polvo.

Nadine salió del dormitorio.

Había un corto pasillo que terminaba en una baranda, al final de la cual estaban las escaleras que llevaban a la planta baja. Pero no hacía falta alcanzarla para ver el vestíbulo. Desde la baranda ya se dominaban todos los detalles de éste.

La muchacha lo miró.

Muebles señoriales y viejos.

Alfombras que habían conocido las pisadas de tres generaciones.

Cristales emplomados.

Y silencio.

Un silencio que hubiera podido cortarse con un cuchillo y que iba entrando poco a poco en ella, igual que un veneno.

—¿Quién está ahí? —gritó—. ¿Quién anda en la casa?

Nadie contestó.

La inmensa mansión parecía una tumba cerrada, cuando ya la gente se ha ido del cementerio.

—¿Quién está ahí?

Su propia voz la asustó.

Hasta parecía tener una entonación distinta.

«Ya hace falta estómago para estar aquí —pensó maquinalmente —. De verdad que hace falta estómago…».

Sabía que cualquier persona —ella por ejemplo— tardaría días enteros en conocer un poco toda la casa.

Pero estaba segura de que los pasos habían sido una realidad, de modo que tomó una decisión. Volvió al dormitorio.

Llamaría de nuevo a Blanchot a fin de que enviase a alguien. Para algo estaba el teléfono.

No era para pedir auxilio. Era para que supiesen que alguien se movía en la casa, cuando, según Battelle, la casa estaba sola.

Descolgó.

Y entonces se dio cuenta, con horror, de que algo más había variado también. De que estaba aislada por completo en aquella casa.

La línea había sido cortada.

CAPÍTULO VIII

—Es curioso —dijo el motorista de tráfico que estaba de servicio en el cruce de los caminos vecinales de Passy y Molineux—. ¿Te has fijado, Roger?

Roger, su compañero, acababa de encender un cigarrillo, aunque en horas de servicio no podían fumar. Pero aquel sitio abandonado y dejado de la mano de Dios no tenía las exigencias de una carretera de primer orden o una autopista. Por allí no pasaba nadie durante semanas, a no ser los tractores campesinos. También había sido manía la de Battelle, al enviarles a controlar el tráfico en aquel cruce. ¿Qué tráfico?

Sin embargo, Roger también había visto pasar el coche.

No por el cruce, delante de ellos, sino por la curva que estaba un poco más arriba. Y también había pensado lo mismo que su compañero.

—La luz no era reglamentaria —dijo.

Las sombras ya se habían extendido sobre la comarca. Todo tenía un aire desdibujado y siniestro. Los pájaros nocturnos empezaban a perseguirse de árbol en árbol, con gritos agoreros.

—La luz no era reglamentaria —insistió.

—Supongo que no te refieres a las exteriores. Las exteriores eran las reglamentarias. Los dos hablamos de la interior, ¿no?

—Por supuesto. Hay quien se pone una lucecita morada ante el sitio del conductor. Eso se tolera. Pero una luz tan violenta como la que despedía ese coche, no. De ningún modo. Ni que dentro hubiese un tipo fosforescente.

Los dos se miraron.

Habían pensado lo mismo.

¿Fosforescente? ¿Fosforescente como los muertos, que de ese modo sólo se hacen visibles durante la noche?

No les gustaba aquello, pero era ridículo que sintieran miedo.

Montaron en sus motos y las pusieron en marcha.

—¿Adónde lleva aquel camino? —preguntó Roger.

—Muere en un viejo mirador de lo alto de la colina. Ese tío no tiene salida. Lo atraparemos.

Realizando un auténtico motocross para ganar tiempo, los dos hombres dejaron el cruce y se remontaron hasta el camino vecinal. Doblaron un par de curvas a gran velocidad y se extrañaron de no encontrar el coche.

En teoría, ya debían haberlo alcanzado.

Sus cejas se arquearon con un mismo gesto de extrañeza.

Llevaban tanto tiempo trabajando y estaban tan identificados, que ya uno hacía los gestos del otro.

Alcanzaron el mirador.

Y nada.

Roger musitó:

—Increíble…

Ni siquiera estaban marcadas las huellas del coche.

Los dos quedaron quietos allí, atónitos, como si hubieran sufrido una alucinación, mientras sobre la comarca se extendían, poco a poco, las sombras.

CAPÍTULO IX

Nadine se despertó sobresaltada.

Los pasos… Otra vez los pasos…

Ante sus ojos atónitos desfiló la habitación como un mundo desconocido en el que entrara por primera vez. Medio hundida en sus sueños, de los que había despertado de repente, se dio cuenta de que aquello era absurdo. No había en la casa luz para que ella pudiera ver las cosas con tanta claridad. Pero quizá no fuera tan absurdo. Lo comprendió al mirar la ventana fijamente.

Había luna llena.

Una luna redonda, solemne, inmensa.

Su luz sideral lo llenaba todo, lo blanqueaba todo, como un inmenso osario.

Aquella claridad le permitía ver los muebles, a los que había tratado de acostumbrarse. Se llevó las manos a la cara e intentó recordar lo que había estado haciendo durante las últimas horas, que desfilaban de nuevo ante su memoria como una película desvaída y triste.

Había buscado ropa para las camas.

Se había hecho una de ellas.

Había comido unos bocadillos que llevaba preparados, bebiendo también dos vasos de vino de Borgoña.

Y luego se había acostado.

Sabía que muy pocas mujeres hubieran sido capaces de hacer eso.

Ella sí.

Ella era especial.

El miedo resbalaba por su piel, sin atravesar los poros, aunque a veces los nervios le traicionaran y le produjeran como un chispazo.

Se sentó en la cama.

Sabía que estaba aislada.

No podía pedir ayuda a nadie.

¿A nadie?

Mientras sonreía para sus adentros, Nadine encendió un fósforo y prendió la mecha de un quinqué. Todo aquello tenía un aspecto irreal y fantasmagórico, pero ella seguía sin sentir miedo. Aunque se hallaba en una casa que teóricamente estaba dominada por las brujas, no podía olvidar que vivía en la era de la electrónica.

Volvió la mesilla del revés otra vez, como había hecho antes. El micro seguía allí. Antes de disponerse a dormir en aquella habitación, había hecho un concienzudo examen de todo, pues allí podía haber cualquier clase de bicho, incluso una serpiente. No le quedó nada por ver, ni siquiera la parte posterior de las mesillas. Con eso no había contado Battelle.

Tampoco ella, la verdad.

Tuvo una violenta sorpresa cuando vio allí un micrófono.

No era eso lo que había buscado.

Pero la cosa estaba clara: si el jefe de los gendarmes había visitado la casa, era el jefe de los gendarmes quien lo había colocado. Lo cual significaba que si ella chillaba en aquel dormitorio, la oirían en todas las estaciones de policía de la región.

Eso le daba una gran seguridad.

Se tendió en la cama.

Quería tranquilizarse. Sin embargo…

Todos sus nervios estaban tensos.

Y oyó los pasos de nuevo.

Claramente.

Casi allí…

Subían por las escaleras.

Pero Nadine seguía sin tener miedo.

Balbució:

—¿Estás ahí, Justine? ¿Por qué has tardado tanto? ¿Por qué no has venido a verme, después de escribir aquella carta…?

CAPÍTULO X

Los pasos se detuvieron. Nadine estaba segura de que la habían oído, pero nadie contestó. Luego imperó otra vez el silencio.

Volvió a llamar:

—Justine…, ¿por qué no vienes de una vez? ¿Por qué todo este misterio?

Desde su despacho en la gendarmería, Battelle oyó aquella voz. Se estremeció. Estuvo tentado de dar al coche patrullero la orden para que interviniese, pero no se atrevió a hacerlo. Al fin y al cabo, aquello no significaba que Nadine Gotard corriera peligro. Significaba, simplemente, que era una visionaria y que estaba loca.

Nadine también estaba segura de que la oían desde el exterior, pero no tenía el menor interés en que viniesen a ayudarla. ¿Para qué? Lo único que hizo fue saltar de la cama y mirar hacia las escaleras, donde acababan de sonar las pisadas.

Pero no vio a nadie.

El silencio era angustioso ahora.

La luz de la luna penetraba hasta el último rincón y daba a todo un aspecto fantasmagórico.

¿Pero por qué le pareció a Nadine que al fondo del jardín había un reflejo color violeta? ¿Por qué tuvo la extraña sensación de que en aquel sitio la luz de la luna era distinta?

Pensó que eran imaginaciones suyas.

Una termina con los nervios alterados si permanece mucho tiempo en una casa como la que ella ocupaba ahora.

Volvió a la cama, pero dejó el quinqué encendido Eso le daba una cierta seguridad. Cerró los ojos y consiguió lo que le parecía imposible: ir quedando dormida poco a poco, casi dulcemente.

El viento sonaba en el jardín.

Susurraban las hojas.

Se movían las sombras.

Una especie de vida secreta y hostil parecía haberse puesto a flotar en torno a la enorme casa.

Pero ella no lo advertía.

No se daba cuenta de nada.

La verdad es que dormía dulcemente.

Hasta que de pronto despertó. Hasta que tuvo la violenta sensación de que alguien estaba con ella.

Fue una sensación tan brutal, tan verídica, que la hizo despertar de golpe. Abrió mucho los ojos mientras se sentaba en la cama.

Y entonces lo vio.

El hombre estaba allí.

Quieto.

Curiosamente, no daba miedo. Ni siquiera a pesar del sitio en que estaban, ni de lo teatral de su aparición, infundía temor. Se trataba de un hombre joven y fuerte, bien vestido, que llevaba unas gafas negras. Se había sentado en una de las viejas butacas, enfrente de la cama, y con la cara vuelta hacia ella parecía mirarla curiosamente. No hizo el menor gesto agresivo; no parecía querer causarle ningún daño.

Nadine demostró más serenidad de la que ella misma esperaba de sí misma. Con voz indiferente, preguntó:

—¿Quién es usted?

—Me llamo Grouchy.

—¿Y qué hace aquí? ¿Qué es? ¿Un vagabundo?

—No creo tener aspecto de vagabundo —dijo él, señalando sus ropas, que no eran presuntuosas ni mucho menos, pero tenían calidad.

—Entonces debe ser un policía.

—Tampoco.

—Un ladrón.

—Oh, por favor… De todos modos, no quiero que esto tenga el aspecto de un juego de adivinanzas. Le diré quién soy. Ya le he explicado que me llamo Grouchy. Trabajo en un departamento especializado de la Sorbona de París. Estoy realizando una tesis, doctoral.

—¿Usted? —susurró Nadine—. Usted no tiene aspecto de ser un estudiante. Resulta demasiado mayor para eso.

—Tiene razón; no soy un estudiante. Estoy realizando la tesis

doctoral para otra persona.

—¿Y por qué no la hace ella misma?

—Porque murió.

Las palabras habían sido dichas con la mayor sencillez, pero sin embargo provocaron en Nadine un escalofrío de miedo. «Porque murió…». Aquellas dos palabras tan sencillas la hacían retornar de nuevo al auténtico clima de irrealidad que envolvía a la casa.

—¿Para quién la hace? —musitó.

Él, por toda respuesta, sacó una fotografía de uno de los bolsillos de su americana. Era una fotografía de tamaño postal, sencillamente perfecta. Mostraba a una muchacha de cuerpo entero. Se veía en seguida que era una chica sencilla, quizá bastante tímida, pero dulce y muy bonita.

—Supongo que la conoce —murmuró.

Nadine tuvo que cerrar los ojos.

Claro que la conocía.

Con un hilo de voz, musitó:

—Es Pauline.

—Las hermanas Gotard eran tres —dijo el hombre en voz baja —: Justine, Elisenda y Pauline. Quizá usted sepa que Pauline era bastante distinta de las otras dos. Aunque vivía hundida en esta soledad campesina, llena de supersticiones, no participaba de las mismas creencias que sus dos hermanas. Ellas aún creían en las misas negras, creían en las brujas y, sobre todo, creían en Yahré.

Era la segunda persona que le mencionaba aquel nombre desde que puso los pies en la comarca. Sin poder evitarlo, Nadine se estremeció. Con voz que era apenas un eco, dijo desde la cama:

—Sé muchas cosas de las hermanas Gotard. No en vano eran primas carnales mías.

—He imaginado en seguida que era usted su pariente, desde el momento en que ocupa la casa.

Y sin modificar para nada su postura continuó con voz suave:

—Como le decía, las dos hermanas mayores creían en Yahré. Creían también en las brujas y en las viejas maldiciones que un día marcaron esta tierra. Pauline se propuso demostrar que todo eso era falso.

—¿De qué modo se propuso demostrarlo?

—Estudiando Filosofía en la Sorbona de París. Ella era una chica

culta. Estudiaba aquí todo el año e iba a examinarse a final de curso. Yo era uno de sus profesores. Muchas veces me maravilló la inteligencia natural que tenía.

—No la conocía en ese aspecto —murmuró Nadine—. En realidad, a mis primas no las traté nunca.

—Pues le hubiera gustado tratar a Pauline —dijo lentamente Grouchy—. Dentro de la Filosofía, estudiaba la rama de ciencias históricas, y se había especializado en supersticiones regionales. En ciencias ocultas y todo ese mundo subterráneo que late en las zonas rurales de todos los países. Posiblemente quería demostrar que ninguno de los viejos terrores de sus hermanas era verdad.

—¿Y… llegó a demostrarlo?

En los labios de Grouchy flotó una sonrisa.

Era una sonrisa cansada y triste.

—No, ya ve que no —dijo, con voz apagada—. Las monstruosas circunstancias del triple crimen indican que tal vez había algo de aquel mundo espantoso en el que ella no quería creer. Yo me he propuesto continuar sus estudios en el punto exacto en que Pauline los dejó. Creo que es mi deber.

Nadine preguntó con un hilo de voz:

—¿Estaba enamorado de ella?

—No lo sé.

—¿Es posible que no lo sepa?

—Sí, claro que es posible. A veces uno siente admiración por una muchacha, por su esfuerzo y por su inteligencia, pero no sabe si eso es amor… De lo único que estoy seguro es que quiero continuar sus estudios en el punto en que ella los dejó.

—¿Por eso ha venido aquí?

—Sí.

—¿Qué busca? ¿Sus viejos libros?

—Todos los viejos libros están aquí —susurró él—, pero no es eso lo que me ha llamado la atención. Lo que trato de captar es el ambiente. El asesino no se llevó nada, ¿sabe? ¿Se ha dado usted cuente de que la casa está exactamente como ellas la dejaron? Están sus peines, sus zapatos, sus ropas; sus cepillos para los dientes. Yo he ido captando poco a poco el mundo en que vivía Pauline. Llevo tres días aquí.

—¿Lo sabe alguien?

—Sólo usted. Y he preferido que me viese, porque es mucho mejor así. Resultaba inevitable que oyera mis pasos por la casa, y no he querido asustarla. Yo me muevo por las noches, ¿sabe? Ahora, al menos, ya tiene motivos para no asustarse.

Nadine había subido poco a poco las manos hasta su cuello, sin darse cuenta. Y también sin darse cuenta se clavó las uñas en la fina piel. ¿No asustarse? ¿Cómo evitarlo? ¿Qué sabía ella de aquel misterioso individuo, salvo lo que él mismo le había dicho? ¿No había creído incluso ver antes en el fondo del jardín una extraña luz violeta?

—Usted podría ser el hombre que las mató —dijo en un susurro.

—Nadie ha dicho que fuera un hombre —dijo él—. Podría ser algo irreal. Podría ser el mismo Yahré.

Y se puso en pie.

Fue hacia la ventana en línea recta.

Debía estar un poco distraído, porque casi chocó con los cristales.

Allí, su figura se recortaba extraña e inquietante a la luz de la luna.

—¿Va a estar mucho tiempo aquí? —preguntó a Nadine.

—Todo el tiempo que haga falta. ¿Y usted?

—No lo sé.

—¿Sabe que podría echarle de aquí? —preguntó ella—. ¿Sabe que no tiene ningún derecho a estar en esta casa?

—Si me echa me iré. No pienso comportarme como un intruso.

—¿De qué vive?

—Paso con muy poca cosa. En el edificio hay agua, que es lo esencial. Me traje unas cuantas provisiones y las voy consumiendo. Un par de bocadillos cada día y nada más. Por ese lado no tengo problemas.

Sus dedos acariciaron aquellos cristales de la ventana como si los conociera desde mucho tiempo atrás. Luego preguntó, con la cara vuelta hacia otro sitio:

—Usted es Nadine Gotard. Pauline me había hablado a veces de que trabajaba en París. Es lamentable que no se viesen. ¿Por qué?

—Pertenecíamos a mundos muy distintos —dijo ella, colocándose a la defensiva—. Yo las tenía por unas parientas ricas. Tenía miedo de que, si me acercaba a ellas, creyeran que iba a

pedirles algo.

—¿Y ahora qué hace aquí?

—Justine me invitó hace poco.

La sencilla frase podía parecer asombrosa, por lo menos tan asombrosa como se lo había parecido a Blanchot. Pero el extraño individuo no se inmutó en absoluto. Se limitó a preguntar:

—¿Por eso la ha mencionado antes, cuando ha oído ruido en las escaleras?

—Sí.

—¿Es que cree que vive?

Ella dijo con una extraña firmeza:

—Sí.

Grouchy no opuso ninguna objeción. Quizá podía haber dicho muchas cosas, pero no despegó los labios. Simplemente volvió la espalda y se dirigió hacia la puerta.

Por un instante, la luz del quinqué se reflejó en sus gafas negras.

A Nadine le pareció que detrás de aquellos cristales, en los ojos, había algo siniestro, pero aquellos ojos no podía verlos. Pertenecían al mundo de las cosas desconocidas para ella. Al mundo de las cosas subterráneas que había en aquella casa. Por eso dejó de mirarlos, a fin de dominar un oscuro ramalazo de miedo.

Oyó el chasquido de la puerta.

El hombre había desaparecido.

Con sus pisadas suaves y casi inaudibles.

Con su misterio.

Con su pedazo de niebla.

CAPÍTULO XI

La muchacha tendría unos diecisiete años e iba siempre por el mismo camino hasta llegar a las primeras casas de Passy. Todos los sábados por la tarde, durante dos años, había estado haciendo lo mismo: su padre le entregaba el dinero para los operarios que habían estado trabajando en la pequeña planta de embotellado de vinos; ella les pagaba y volvía con los recibos a casa. Su padre no podía hacer ese trabajo porque estaba casi paralítico, y no empleaban los servicios de un Banco porque los Bancos cobran una comisión. Los Gotard pensaban que no había que regalarle el dinero a nadie.

Porque ella también era una Gotard.

Las tres mujeres asesinadas tiempo atrás eran sus parientas, pero jamás las había tratado. Por otra parte, desde que fueron asesinadas en tan macabras circunstancias, no se las mencionaba nunca en casa.

Marie Gotard aceleró el paso.

El día estaba neblinoso y gris, de tal modo que apenas se distinguía nada. No le gustaba aquel camino, aunque sabía que no iban a robarla ni a atacarla. Battelle tenía muy controlada toda la región, y ningún malhechor podía operar en ella con posibilidades de éxito.

Pero de todos modos no le gustaba.

Y ella sabía por qué razón era.

Era por el cementerio.

Remontó la senda que bordeaba la colina y entonces lo vio. Lo había estado viendo durante dos años pero nunca le había parecido tan siniestro, tan ruinoso y tan abandonado como aquella tarde.

Además, la niebla lo cubría.

Las cruces y las lápidas, apenas emergían de aquella masa gris.

Marie apresuró el paso.

¿Cuánto tiempo hacía que no se enterraba a nadie allí? Ni lo recordaba. Quizá desde que ella nació. El nuevo cementerio de Passy estaba a unos cuatro kilómetros más al oeste, mientras que el viejo había quedado abandonado tal como estuvo, desde varios siglos atrás. La cerca ya no existía, de tal modo que las cruces se veían desde el camino; la hierba se iba comiendo las sepulturas; los panteones de las grandes familias se iban cayendo de viejos sin que nadie se ocupara de repararlos. Las dos únicas cosas que flotaban allí eran la soledad y el olvido eterno para los muertos.

Y sin embargo, esta tarde había algo distinto.

Parecía flotar algo diferente en el aire.

Marie Gotard no sabía lo que era.

El punto más alto de la colina, aquel pedazo de sendero que no podía evitar, siempre le había dado un miedo especial porque era el que casi rozaba con el cementerio. Pero era un miedo que dominaba con facilidad; un miedo del que había llegado a olvidarse muchas veces…, aunque esta tarde ocurría todo lo contrario.

Sentía como si toda la pesadumbre del cementerio penetrase dentro de ella.

Como si el misterio que flotaba en las tumbas la cercase poco a poco.

Llegó a lo alto de la colina y entonces pasó junto a la tumba que conocía mejor, porque casi todos los sábados tenía que rozarla. En aquella tumba no había nombre, pero había un retrato. Era un retrato descolorido, al esmalte, en el que parecía haberse concentrado toda la tristeza inmemorial que rodea las cosas de los muertos.

Esta vez, Marie no quiso mirarla.

No supo por qué.

Se sentía dominada por un miedo tan intenso, que casi le producía vértigo.

Pero, de todos modos, algo parecido a un imán, algo que no podía dominar, algo que era más fuerte que ella le hizo volver la cabeza poco a poco. Y vio el retrato, como siempre. Vio aquellos matices descoloridos del rostro en el cual sólo destacaban los ojos.

Unos ojos duros, penetrantes.

Unos ojos que parecían mirar desde el Más Allá.

No supo lo que le pasaba.

Fue a echar a correr.

De pronto le había parecido que aquellos ojos tenían vida.

Volvió la cabeza.

¡Y los distinguió!

¡Estaban allí!

¡Pero habían salido de la tumba! ¡Eran los mismos y, sin embargo, flotaban en el aire! ¡Aquellos ojos estaban en un rostro humano! ¡En un cuerpo! *¡Un cuerpo que se movía!*

Las manos se tendieron hacia Marie Gotard.

Las uñas.

Había algo diabólico en la cara que se acercaba a ella.

Pero lo que más la aterrorizaba… ¡era que aquella cara la había visto antes en la tumba! ¡Era una cara que conocía!

Los dedos se cerraron en torno a su cuello.

Marie Gotard chilló desesperadamente.

Hubiera podido luchar, tal vez.

Hubiera podido tratar de huir.

Pero no le quedaban fuerzas ni para eso. Sencillamente no podía. Y gritó… Gritó… ¡Gritó!

Sabía que nadie iba a oírla.

La punta de acero penetró por uno de sus ojos. Lo perforó. Llegó por allí hasta el fondo del cerebro, hasta las regiones misteriosas donde reside nuestra propia muerte.

Marie Gotard cayó de rodillas.

De su garganta escapaba apenas un gorgoteo.

No era ya más que una muerta, cuando aquellas manos la soltaron. Cayó junto a la tumba que bordeaba el camino.

A dos pasos del retrato hecho en esmalte.

Por su globo ocular atravesado manaba la sangre.

La niebla de aquel sábado se fue haciendo más espesa, más gris, más cargada de presagios.

CAPÍTULO XII

Battelle estaba resumiendo sus impresiones de la semana, cerca de medianoche, cuando el teléfono sonó. Hizo un gesto de fastidio y descolgó el auricular.

—¡Aquí Battelle! ¡Diga!

Oía la voz muy mal.

Tan mal que creyó se trataba de un borracho, al cual el telefonista de servicio no había sabido controlar debidamente.

—¡Diga!

Mientras tanto echó un vistazo a las notas que había ido tomando. Eran pocas, pero para él estaban cargadas de sentido. El micro colocado en el dormitorio principal de la vieja mansión estaba dando más resultado de lo que él mismo esperó.

Las notas decían:

> 1) Ella sigue creyendo que, al menos, Justine está viva.
>
> 2) He podido oír toda la conversación con Grouchy.
>
> 3) Hay que pedir urgentemente amplia información sobre ese tipo.
>
> 4) Reforzar la vigilancia. Podría ser el asesino. Incluso habrá que tener preparado un recurso legal para detenerle en cualquier momento. El de allanamiento de morada servirá. O hasta se le puede acusar de intento de robo.
>
> 5) El hecho de que ese hombre haya podido llegar hasta allí, sin que lo supiéramos, indica que nuestros servicios de vigilancia son malos. Habrá que perfeccionarlos o tendremos sorpresas.

Todos estos apuntes llenaban una hoja entera del cuadernillo de notas de Battelle. Al terminar de repasarlas gritó de nuevo:

—¡Diga!

La voz llegó entonces con cierta claridad hasta él.

—¡Battelle! ¡Soy Anselmo Gotard!

—¿El viejo?

—¡El viejo lo será su padre!

—Está bien, Gotard, no se irrite… Sólo quiero saber qué le pasa. ¿Para qué me llama?

—¡Ha desaparecido mi hija!

—¿Marie?

—¡Sí! ¡Tenía que ir a pagar a los obreros de la planta embotelladora, como cada sábado! ¡Seguro que algún hijo de perra la ha violado! ¡Usted tiene que averiguar algo! ¡Tiene que hacerlo! ¡Como un sádico ande suelto por la región, le juro que usted y sus hombres lo pagan!

Battelle se estremeció.

Sádicos…

No le gustaba ni el nombre.

Pero si alguno de ellos, en efecto, andaba suelto por allí, y si había tocado un pelo de la ropa de Marie Gotard, se lo haría pagar caro. Pese a ser un gendarme, Battelle no creía en más ley que en la de la acción directa. Un monstruo de esa clase no debe ser entregado a los jueces. *Conviene* que sufra un accidente mortal antes de la entrega.

—¿Horas? —preguntó.

—Como siempre. Ella ha salido de aquí hacia las cinco de la tarde. Si no le he avisado antes ha sido por creer que se habría ido a un cine de Passy, pero ahora acabo de enterarme de que los obreros no han cobrado.

Battelle masculló:

—Le llamaré dentro de veinte minutos, como máximo.

No necesitaba más tiempo, puesto que el camino que habría recorrido la muchacha estaba cerca de Passy. Salió de su oficina somnolienta y atravesó la plaza dormida, en la cual hasta el Café des Marchants acababa de cerrar sus puertas. Despabiló al agente que se hallaba en el segundo coche patrulla, pues el primero tenía servicio permanente cerca de la casa de las Gotard.

—Vamos —gruñó—. Toma el camino del cementerio viejo de Passy.

Arrancaron a buena velocidad. La luz de los faros desgarraba un paisaje lleno de recovecos y de sombras. Pronto el coche baqueteó, porque estaban entrando en un camino vecinal que sólo se recorría

a pie, y por el que, además, no pasaba casi nunca nadie.

Battelle gruñó:

—La colina…

—Por poco nos despeñamos, jefe.

—Ve atento y da las luces largas, animal… ¡Necesito ver bien todo lo que tenga delante!

Tomaron una curva.

El coche patinó.

No fue sólo por el mal estado del camino, sino también porque el conductor había frenado de repente. Casi lanzó un grito de angustia al darse cuenta de que había estado a punto de arrollar el cuerpo caído junto a la lápida.

Battelle barbotó:

—Dios santo…

Acababa de reconocer a Marie Gotard.

Por su postura se dio cuenta en seguida de que estaba muerta. Pero también se dio cuenta de que no había sido robada ni ultrajada. Todo sobre ella permanecía en orden.

Saltó del coche y la miró a la luz potente de los focos. Todo su cuerpo sufrió un estremecimiento brutal al darse cuenta del macabro detalle del estilete atravesándole un ojo, hasta llegar al cerebro.

El viejo gendarme había visto muchas cosas, pero aquélla superaba todo lo que la experiencia le había ido mostrando. Sintió asco, al pensar que no podía arrancar aquello, que no podía tocar nada hasta que llegara el juez.

Las náuseas y el odio le crisparon el estómago.

El policía también había bajado.

Estaba lívido. La luz de los faros daba a los dos hombres un aspecto absolutamente irreal.

Miraron en torno suyo y vieron la noche. Las lápidas. La niebla. Captaron como una corriente de aire aquella sensación de olvido que palpitaba en el viejo cementerio.

Y Battelle señaló la lápida junto a la cual había aparecido el cuerpo retorcido de Marie Gotard:

—Allí… —dijo—. Allí… ¿No había un retrato de esmalte? ¿Quién infiernos ha podido quitarlo…?

CAPÍTULO XIII

El coche alumbró con sus luces lívidas, las paredes de la mansión de las hermanas Gotard. La mansión de las tres muertas. Battelle vio que el resplandor de un quinqué brillaba tras los cristales emplomados.

—Para —dijo.

El conductor se detuvo.

En la mansión de las Gotard estaba el teléfono más próximo al lugar del crimen. Y un teléfono suele ser, en esos casos, la herramienta de trabajo más necesaria.

El jefe de gendarmes saltó del coche y se dirigió a la puerta. La aporreó secamente hasta oír pasos al otro lado.

La propia Nadine le abrió. Llevaba una bata casi transparente y mostraba sus magníficas formas. Se notaba que acababa de tener un escalofrío.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Qué hace aquí a estas horas, señor Battelle? ¿Ocurre algo grave?

—Claro que ocurre algo grave. Déjeme usar el teléfono.

Ella se mordió el labio inferior.

Pareció molestarle profundamente tener que decir aquello:

—No he querido denunciarlo hasta ahora, para no crear complicaciones —musitó—, pero alguien cortó el teléfono la primera noche.

Battelle, que había venido con la cara de color rojo, de pronto se puso amarillo.

—¿Cómo dice? —barbotó.

—Sí. Alguien tenía interés en dejarme incomunicada, pero no ha ocurrido nada absolutamente. Tanto, que pensé que no valía la pena decirlo.

—¿Que no valía la pena decirlo? ¿Está loca? ¿Pero no ve que eso significa que quieren matarla? ¿Por qué no se puso en contacto

conmigo apenas eso sucedió? ¿Por qué no escapó de la casa?
—Ya se lo dije; no creí que valiera la pena.
—Yo sé quién lo ha hecho —masculló el gendarme apretando los puños—. Es ese pajarraco que vive con usted.
—¿Que… que vive conmigo? ¡Oiga! ¡Conmigo no vive nadie!
—¿Negará que hay un tipo con usted ahí dentro?
La muchacha fingió que no sabía lo del micro. Hasta entonces aquel aparatito insignificante le había dado una gran sensación de seguridad, pero prefería no confesar que conocía su existencia. Por eso balbució con voz de asombro:
—¿Cómo lo sabe?
—La policía sabe muchas cosas —gruñó Battelle, sin querer descubrir el sencillo secreto—. Y dígale al tal Grouchy de las narices que no intente nada contra usted porque lo tenemos localizado; si a usted le ocurre algo, ya sabremos quién ha sido. Pero lo que ahora necesito es un teléfono… Un teléfono, maldita sea…
—Lo siento, pero será mejor que vaya a la ciudad. No está lejos.
—Eso voy a hacer. Oiga…
—¿Qué, señor Battelle?
—¿Usted conoce el cementerio viejo de Passy? ¿Recuerda una lápida en la cual había un retrato ovalado?
—¿Cómo voy a recordarlo si no he estado aquí nunca? Ni siquiera tengo idea de dónde para el cementerio viejo de Passy.
—Es cierto… Bueno, déjeme echar un vistazo a ese corte del teléfono. Por el modo de tratar el hilo, quizá pueda sacar algunas conclusiones.
Y entró en la casa.
Vio un par de cosas que le sorprendieron.
¿Le sorprendieron…?
¿O quizá le causaron un escalofrío de miedo?
¿Qué hacía aquella mesa tan bien puesta, con cuatro cubiertos ya preparados? ¿Qué hacían las cuatro velas, una en cada sitio? ¿Qué significaba aquel ambiente íntimo, como si se preparara una cena familiar?
Battelle gruñó:
—¿Qué es esto?
—Nada, señor Battelle. Ya lo ve. Se trata de una cena normal. Hoy es sábado.

—Sábado… Muy bien. ¿Y qué?

—Pues nada… —dijo la muchacha con la mayor naturalidad—. Que las he invitado.

—¿A… a quién?

—Muy lógico. A las que me invitaron a mí. A las hermanas Gotard.

El jefe de los gendarmes sintió que su frente se poblaba de gotitas de sudor. Miró a Nadine como si estuviera ante una loca. Pero ella le hablaba con tanta naturalidad, con tanta calma, que aquello helaba la sangre. Battelle no supo qué decir; sólo sintió unas ganas terribles de salir de allí.

—¿Por qué se extraña tanto? —preguntó Nadine.

—Pues porque… porque…

No pudo terminar la frase.

Ella estaba señalando con la mayor naturalidad, hacia una de las ventanas:

Y decía suavemente:

—Mírelas. Ahí vienen…

CAPÍTULO XIV

Battelle y el policía que le acompañaba miraron hacia aquella ventana. Y entonces sus ojos se desorbitaron, entonces sus manos temblaron, entonces se dieron cuenta de que en ellos, extrañamente, aún no había muerto el niño que por las noches tenía miedo.

Vieron la noche.

Sólo el leve resplandor que partía de la ventana, permitía ver lo que había más allá de los cristales.

Y ellas… ¡ESTABAN ALLÍ!

¡Las tres hermanas Gotard!

¡LAS TRES MUERTAS!

No se podía decir que avanzaban ni que venían hacia la casa, sino que miraban curiosamente a través de la ventana, a cierta distancia de ésta. Sus bocas estaban distendidas en una mueca sardónica. Sus ojos, muy abiertos, miraban hacia el interior… Pero ahora Battelle se dio cuenta de que en realidad no eran tres las que miraban. Sólo dos. Porque una de aquellas mujeres… *¡tenía los párpados cosidos!* ¡No podía ver!

A los dos policías no les dio vergüenza lanzar un grito de sorpresa y de horror. Mejor dicho, no se dieron cuenta de que lo lanzaban. Aquella visión de aquelarre, de brujería, aquella sorpresa infernal, aquella entrada en las profundidades del Más Allá, les dejó sin fuerzas, sin aliento y con los pensamientos terriblemente en blanco, como dos muñecos sin alma.

De una forma maquinal, Battelle llevó la derecha a su pistola reglamentaria.

Estaba aterrado.

En aquel momento hubiera disparado, sin pensar en las consecuencias, de no haberle detenido bruscamente la mano de Nadine.

—Pero, por favor… ¿Qué va a hacer?

Battelle se dio cuenta de que era absurdo. No podía disparar contra unas muertas.

Y si estaban vivas, aún peor.

Además, tal como habían aparecido, se esfumaron las tres. Fue algo visto y no visto. De pronto la noche se las tragó. Battelle ni siquiera supo cómo se habían evaporado las tres en el aire.

De pronto sólo vio la ventana negra.

Y el vacío.

Y aquellos opresivos contornos que parecía dibujar el silencio.

Las hermanas Gotard se habían evaporado en las tinieblas. De ellas, como en las legendarias brujas de los sábados, no quedaba ni un rastro de humo.

Battelle sólo pudo barbotar:

—Dios santo…

Ya era capaz de creer en cualquier cosa. A partir de aquel momento, el mundo ordenado de todos los días había dejado de existir para él.

Lo que más le aterraba, sin embargo, era la actitud tranquila de Nadine. Ella no sentía miedo, sino una secreta satisfacción. Desde el primer momento había sostenido que sus primas vivían. Había venido a Passy porque ellas la invitaron. Y ahora había demostrado que seguían allí.

¿Pero seguían como mujeres? ¿O convertidas en brujas?

Una legión de preguntas torturantes se abatía sobre la mente de Battelle. Una legión de preguntas para las que no tenía respuesta y que dejaron de existir cuando aquel automóvil se detuvo ante la puerta.

Un gendarme muy excitado entró allí.

Era el sargento responsable del coche patrulla situado a poca distancia. No dijo que estuviera allí de servicio, pero murmuró:

—Perdone, señor. Hemos visto llegar su coche aquí y hemos creído que ocurría algo.

—Claro que ocurre —Battelle se pasó una mano por los ojos y pareció volver a la realidad de los hechos que le habían traído hasta aquella casa—. Necesito que echen un vistazo al teléfono cortado para ver de qué modo han hecho el trabajo. Quiero un informe completo mañana por la mañana. Han asesinado a Marie.

El gendarme palideció.

Hubo en sus labios una mueca de rabia.

No era difícil adivinar que, caso de tener al asesino en sus manos, hubiera inventado cualquier *accidente* capaz de acabar aquel asunto por la vía rápida.

Conocía a Marie, como todo el mundo.

Y masculló:

—¿Algún sádico, señor?

—No, no era ningún sádico —barbotó—. Algo peor.

Y señaló hacia la puerta.

—Vamos a dar todos una batida por aquella zona —ordenó—. Avisaré al viejo Gotard yendo a verle personalmente. ¡Eh, tú, Pierre…!

—Diga, señor.

—Quiero que avises al juez. Y desde mi despacho telefoneas a la Brigada Criminal de Lyon. Tienen que buscar huellas, sacar fotografías milimetradas; seguir los rastros por las ramas cortadas del bosque… Todo lo que no podemos hacer nosotros, maldita sea. Y no perdáis ni un minuto. Ahora el tiempo es el mejor aliado del asesino.

Se dirigió hacia la puerta:

Ahora, de pronto, estaba obsesionado por la muerte de Marie Gotard. Y realmente no era para menos.

Pero no se dio cuenta de que dejaba sola a Nadine en aquella casa. No se dio cuenta de que la dejaba sola con la noche, con el silencio, con la niebla… y con las tres brujas de aquel sábado maldito.

CAPÍTULO XV

El viejo Gotard estaba deshecho. Battelle, a pesar de su experiencia en dar malas noticias, no recordaba haber visto nunca a un hombre así, tan aniquilado por la muerte de su hija menor.

Y eso que el gendarme le había ahorrado detalles. Le había hablado simplemente de «asesinado sin ninguna otra clase de violencia», pero sin mencionar el largo estilete que perforaba uno de los ojos de la muchacha.

Fue hacia un armario de aquella casa, que conocía bastante bien, y sacó una botella de ron. Sirvió un vaso más que mediado y él mismo se lo hizo beber al viejo.

Cuando éste se hubo recuperado de su acceso de tos, Battelle preguntó:

—¿Conoce la tumba que está junto al camino? ¿La que casi se sale del cementerio?

El viejo entrecerró los ojos, que, de pronto, estaban medio nublados a causa de la brusca ingestión de alcohol.

—¿Por qué me pregunta eso? —farfulló.

—Por nada importante. Quiero sólo saber si conoce esa tumba.

—Yo conozco todas las del cementerio viejo —dijo Gotard—. Durante años he pasado por el camino en que ha muerto mi hija.

—Claro, claro… —dijo Battelle con voz conciliadora, tratando de ayudar al hombre a pensar—. Usted es el jefe de la tribu, el patriarca de los Gotard. En la familia no queda nadie más viejo que usted. ¿Cuántos son ahora?

—Pues… pues… ¡Dios santo! Parece como si una maldición se hubiera abatido sobre nosotros —musitó el viejo—. Ahora me doy cuenta.

—Han muerto muchos, ¿verdad?

—Sólo quedamos mi hija mayor, que se llama Patrice, como usted sabe, y yo.

Volvió a beber un poco de ron. Era ron negro, de más de cincuenta grados, de ese que hace subirse a las paredes. Pero nada logró devolver las fuerzas al anciano, mientras musitaba:

—Antes fuimos una de las familias más extendidas de la región. En esta casa vivíamos mi esposa, ya difunta, y mis dos hijas, es decir Marie y Patrice. Además de yo, naturalmente. Resulta asombroso comprobar que sólo quedamos Patrice y yo. Mi esposa y la pequeña Marie han muerto.

—No se trata de maldiciones, sino de desgracias —dijo Battelle, con la misma voz conciliadora—. Ya sabe usted que cuando la desgracia se ceba en una familia no la suelta en mucho tiempo. ¿Pero qué voy a decirle yo, con la experiencia que usted tiene? Claro que la familia no termina aquí, ¿verdad? Luego estaba su hermano Edmond, que también murió. Yo no he llegado a conocerlo. Él era el padre de las… de las sobrinas asesinadas hace dos años. El padre de Justine, Pauline y Silvie. También esa familia ha desaparecido, amigo mío.

—Sí… Por eso le he hablado de la maldición. Resulta espantoso pensar que ahora no queda nadie.

—Se equivoca.

El viejo le miró con sorpresa.

—¿Me equivoco? ¿En qué?

—Las tres sobrinas de usted, las asesinadas, tenían una prima; le estoy hablando de Nadine Gotard.

—¿Quién ha dicho?

—Nadine Gotard.

El patriarca bizqueó con sorpresa.

—No la conozco —dijo—. ¿Y cómo no voy a conocer yo a toda la familia? Puede que fuera algún lío que tuvo mi difunto hermano Edmond, y a la que tal vez dio su apellido, pero me extraña. ¿De dónde ha salido esa chica?

—Trabaja en París. Sé que trabaja en una oficina y además estudia Bellas Artes. Pinta muy bien.

—París… Nadine… Jamás la oí nombrar.

—Pues las Gotard que murieron asesinadas, tenían cartas de ella. Por eso averigüé su dirección de París hace dos años. En fin, puede que usted no recuerde bien a toda su familia, amigo. O puede que fuese, realmente, un lío de su hermano Edmond, cosa que no

me será difícil averiguar. Pero yo quería preguntarle otra cosa.

El viejo meneó la cabeza pesadamente.

—Diga, diga…

—Quería hablarle de aquella tumba.

—Ah, ya…

—Por favor, anímese, viejo amigo. Trate de contestarme con toda sinceridad. ¿Usted sabe quién está enterrado en aquella tumba?

—Sí.

—¿Quién?

Battelle esperaba la respuesta con cierta ansiedad. No sabía por qué, pero aquello le parecía importante. Como le parecía importante el retrato oval que había desaparecido aquella noche y que él no recordaba de ninguna manera, aunque a veces hubiera pasado por delante de la tumba.

El viejo musitó:

—Está enterrada mi hermana Carole…

—¿Su… hermana?

—Sí. Usted no llegó a conocerla, porque murió bastante antes de que usted llegara a la comarca. Fue una historia triste.

—¿Triste?

—Sí. Se suicidó.

Battelle tragó saliva.

—Por eso la enterramos casi en el camino, un poco al margen del cementerio —explicó el viejo—. Entonces tenían muy en cuenta esas cosas. Ninguno de los miembros de la familia fue al entierro. Pagamos a los empleados de pompas fúnebres, costeamos la lápida, y en paz. Muchas veces he pensado que mi hermana Carole nos ha debido estar maldiciendo desde el otro mundo.

El viejo gendarme se estremeció.

Y, como le estaba ocurriendo desde que empezó aquella maldita historia, no supo por qué.

—¿Tenía… mala fama? —balbució.

—¿Mala fama de qué?

—Pues de…, de bruja, quiero decir. Aunque no debe usted tomar la palabra al pie de la letra. Pienso si tenía supersticiones, y todo eso.

—Si se refiere a si creía en Yahré, le diré que sí, que creía en él

como mucha gente de la comarca. Como yo mismo. Aunque quizá ella fuera más exagerada que los otros, porque a veces tenía accesos terribles de miedo. En fin, aquello ya está olvidado.

—¿Pero por qué se suicidó?

—Ya le digo que fue una historia triste.

—¿Qué clase de historia triste?

Los ojos del viejo se enturbiaron un momento. Quizá era efecto del alcohol, pero masculló con rabia:

—No tiene derecho a interrogarme, después de lo que me ha pasado. ¡Déjeme en paz!

Battelle no se alteró. Conocía muy bien aquella clase de crisis. Tomó la petaca del viejo y lió un cigarrillo con paciencia, porque sabía que Gotard odiaba los cigarrillos hechos («así hasta las mujeres saben fumar», solía decir), y se lo dio para que pasara la saliva por el engomado. Gotard se lo agradeció, con una mirada de cordialidad.

—¿Había en la lápida un retrato de su hermana Carole? —preguntó, desviando un poco la conversación.

—Sí.

—¿Un retrato oval?

—Sí. Hecho al esmalte. Como quien dice, era lo único que quedaba de ella.

—¿Estaba allí hace poco?

—Claro… ¿Es que no está ahora?

El viejo le miraba sorprendido. Battelle negó con la cabeza.

—No, no está —musitó—. Debe de ser una casualidad. Alguien se lo ha llevado. O se ha perdido, ¿quién sabe?, pero me gustaría conocer a Carole, ya que aquel esmalte ha desaparecido. Tendrá usted algún retrato de familia, supongo.

—No, no tengo ninguno. Ya sabe usted que la gente del campo sólo se retrata el día de su boda.

—Pues eso: un retrato de bodas.

—Mi hermana Carole murió soltera.

—Pero estaría en el de la boda de usted, por ejemplo… Habrá algún sitio en que aparezca.

El viejo Gotard negó con cazurrería.

—Rompí las dos o tres fotos que tenía —dijo secamente—. Le juro que las rompí. Si mis parientes han muerto, ¿para qué quiero

ver sus caras espiándome desde los rincones de la casa?

Y el viejo se estremeció. Battelle notó que tenía miedo. Miedo a los rincones, miedo al paisaje, miedo de la noche, miedo de sus propios muertos. La tortura que debía haber sido su vida sólo él la podía saber. Battelle comprendió que no le sacaría una palabra más, porque aquella gente, cuando se cerraba de banda, se cerraba de banda para siempre.

Se puso en pie.

—Lo siento —dijo, mientras él también se estremecía—. Pero ahora recuerdo que he dejado a una muchacha sola, donde nunca debí dejarla. Perdone… Voy a tener que irme.

Y miró a través de la ventana.

Pensaba en Nadine.

Pensaba en la noche eterna que estaría rodeando la casa de las brujas.

El miedo llegó hasta sus huesos, como si él mismo estuviera encerrado allí. Como un autómata, como un fantasma, avanzó hacia la puerta.

CAPÍTULO XVI

Él no sabía que, en aquel momento, Nadine Gotard también miraba la noche. No sabía que en sus ojos se dibujaba aquella suave niebla que siempre rodeaba el valle, y que ante su mirada tenía la ventana en la que habían aparecido y desaparecido las tres mujeres muertas.

Una suave sensación de frío recorría su espalda.

Pero no era miedo.

Era la sensación de algo incomprensible, de algo que la rodeaba y cuyo verdadero sentido no hubiese sabido definir.

Entonces oyó un leve carraspeo a su espalda.

Tuvo un estremecimiento.

Se volvió.

Vio el rostro joven de Grouchy, pero deformado por aquellas gafas negras. ¿Por qué no se las quitaba nunca? ¿Por qué se movía por la casa tan silenciosamente como si fuera un fantasma?

Como ahora estaban en el comedor, Nadine sabía que no podía oírles nadie a través del micro. Con voz asustada, dijo:

—Me ha asustado, Grouchy. Se mueve como un espectro.

—Perdone… Comprendo que quizá debí haberme ido. Pero he seguido sus consejos y vivo en un pabellón aparte de la casa. Ya se habrá dado cuenta de que no la he vuelto a molestar desde que nos conocimos.

—Sí, claro… —dijo distraídamente ella—. ¿Tiene agua en el pabellón?

—Desde luego. Y me he llevado la comida. No tema, no me falta nada.

—¿Con qué se afeita?

—Con una máquina de pilas.

—Pues lo hace bastante mal.

En efecto, el afeitado de Grouchy no era ningún prodigio,

aunque este detalle hubiera pasado inadvertido a mucha gente. Él se pasó una mano por la mejilla, mientras decía sonriendo:

—Soy muy distraído. Además, no he venido aquí para estar guapo.

—Ya lo supongo. ¿Cómo va su tesis?

—De momento, no adelanto.

—¿Por qué no?

Él tembló, también, un momento. Se había sentado en una butaca. Con expresión cansada musitó:

—No sé qué es… Quizá necesitaba tener contacto con los muebles, con este aire. Al no poder tocarlos, no adelanto.

—¿Eso quiere decir que necesita volver a vivir aquí?

—Tal vez sí.

Ella se puso un cigarrillo en los labios. Buscó maquinalmente algo con que encenderlo, pero no lo encontró.

—¿Me da fuego?

—No llevo fósforos —dijo él.

—¿No fuma?

—A veces, sí, pero ahora no llevo fósforos.

—Está bien —dijo ella, estirando el cigarrillo de sus labios—. Oiga, Grouchy, ¿usted cree que de los muebles se desprende algún espíritu, alguna voz, algo que usted puede captar?

—Tal vez.

—¿Sabe que… eso no me gusta?

—¿Por qué?

—No sé. Yo diría que… me da miedo.

—No tiene importancia —dijo él con voz lejana—. Pero hay cosas inexplicables. Hay momentos en que los objetos hablan.

—¿Por ejemplo…?

—Por ejemplo este cepillo de dientes —susurró él, sacando uno del bolsillo derecho de su americana—. Es de Justine. O lo era.

—¿Cómo sabe que es de Justine?

—Tiene sus iniciales en el mango —dijo él—. Los de Pauline y Silvie también los tienen. Un cepillo de dientes es una cosa muy personal.

—Tan personal, que me da un poco de asco y un poco de… miedo —dijo Nadine, sin poder contenerse.

Él no parecía dar importancia a aquellas palabras. Con voz

lejana, que parecía surgir de otra persona, musitó:

—¿Se da cuenta? Justine estuvo toda la noche con los párpados cosidos, yendo de un lado a otro de la casa… y oyendo a la persona que la mató. Porque esa persona le dijo algo, seguro. Esa persona le hablaría. O al menos, Justine la oiría andar. Al cabo de una eterna y monstruosa noche, se conocieron. Quizá llegó a saber quién era.

—¿Y qué? Si Justine habla, me lo dirá a mí.

—¿Aún cree que está viva?

Nadine Gotard no contestó de una forma directa. Sólo dijo, enigmáticamente, con un soplo de voz:

—Nadie ha podido aún explicar lo que es la muerte.

—Cierto… Pero fíjese en este cepillo de dientes. Fíjese. Es terriblemente anticuado. Es curvo. Tiene la forma de una dentadura humana.

—Sigue dándome asco —murmuró Nadine—. ¿Por qué me enseña esa antigualla infecta?

—Por una cosa curiosa. Véalo. Le falta el pelo del extremo derecho. Bueno… casi del extremo derecho. Hay un vacío y luego queda un poco de pelo más.

—¿Y eso qué tiene que ver? Se habrá caído.

—No, no es eso. Justine lo arrancó. Se nota que el pelo está arrancado con las uñas. ¡Qué manía! ¿Verdad? Debía estar terriblemente nerviosa.

—¿Está pensando quizá en aquella noche?

—Pues claro que sí…

Nadine se estremeció.

No le gustaba la conversación.

No le gustaba tampoco el enigma que adivinaba detrás de aquellas gafas oscuras.

Grouchy guardó el cepillo de dientes. Fue como si con eso guardara todo el misterio, toda la podredumbre de aquella casa. Nadine se estremeció otra vez.

—Yo creo, a veces, en las reencarnaciones —dijo Grouchy—. No sabría decirle… Usted cree que Justine está viva. Y creo que tal vez pueda estar reencarnada en otra persona.

—¿Una persona que piensa y sepa lo que ella sabía?

—Y que sufra lo que ella sufrió.

Nadine había tenido que cerrar los ojos. Unas gotitas de sudor

perlaban sus sienes. Todo aquello le resultaba inaguantable. No podía soportar más la atmósfera opresiva de aquella casa, ni podía soportar más las palabras de Grouchy.

Se dejó caer en una de las butacas.

Y balbució:

—¿Cree que Justine puede estar reencarnada en alguien?

—Tal vez.

—Le juro que no me gusta esta conversación. Todo esto me…, me ahoga, ¿sabe? O me animo un poco o acabaré loca.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Ya que no me ha dado fuego, sírvame un poco de licor.

—¿Es que hay alcohol en la casa?

—Claro… Viejas botellas que mis primas no terminaron. No me dará ningún asco beber un buen trago de Hennesy… Lo tiene usted a la derecha, en el segundo anaquel. Está junto a la botella de Marie Brizard.

Él se levantó.

—Con mucho gusto —dijo, sonriendo.

Fue hacia el anaquel, aunque andando lentamente. Puso las manos en él. Palpó la botella y la trajo a la mesa.

La botella quedó entre los dos.

No era la de coñac Hennesy.

Era la de Marie Brizard.

La muchacha sintió un estremecimiento.

Hasta los huesos.

Hasta el alma.

Miró al fondo de aquellos cristales negros, que tenía apenas a medio paso de distancia, pues él también se había sentado enfrente.

Sus pensamientos revoloteaban como moscardones malditos.

Como moscardones teñidos de luto.

Ahora comprendía muchas cosas.

El mal afeitado.

El hecho de que él no hubiese querido darle fuego para no equivocarse, porque no hubiera sabido encontrar el cigarrillo.

El hecho de que se subiera equivocado de botella, porque las dos eran aparentemente iguales en su forma. Sólo un experto las notaría al tacto.

Eso significaba que detrás de los cristales negros no había nada.

¡Grouchy era ciego!

¡Conocía parte de la casa al tacto, porque estaba en ella desde tiempo atrás! ¡Pero no veía nada! ¡Nada! ¡NADA…!

Nadine bisbiseó:

—Por favor, sírvame una copa de ese coñac.

Su voz había sonado helada.

Estaba disimulando con todas sus fuerzas.

Él tomó el vaso al tacto, después de palpar la bandeja que había encima de la mesa. Destapó la botella. Derramó un chorro que le pareció prudencial.

Pero era anís.

No era coñac.

No sabía lo que estaba sirviendo.

Nadine no pudo evitar aquel gesto.

Fue casi en contra de su voluntad.

Tendió la mano.

Arrancó las gafas de golpe…

¡Y entonces lanzó un alarido de horror!

¡Porque creyó de veras en la reencarnación de Justine!

¡Porque vio aquellos ojos!

¡Unos ojos que tenían los párpados… COSIDOS!

¡COSIDOS DEL TODO!

¡Como los de la mujer asesinada!

El alarido de horror de Nadine Gotard se repitió. Resonó lúgubremente en la casa abandonada. Encontró misteriosos ecos en el jardín. En las habitaciones vacías.

Bruscamente se sintió perdida.

El horror había llegado hasta la médula de sus huesos.

Corrió como una loca hacia la puerta. Tuvo la sensación de que estaba sin escapatoria. De que se cerrarían todos los huecos. De que cien manos ansiosas vendrían hacia ella.

La garganta parecía rompérsele de tanto gritar.

Las rodillas se le doblaban.

Chocó con una ventana. Rompió dos cristales.

Y de repente tropezó con algo. Tropezó con unos brazos, con unas manos. Tropezó con una cara.

CAPÍTULO XVII

Battelle, el jefe de todos los gendarmes de la comarca, murmuró:

—Pero ¿qué le pasa?

Había llegado a toda prisa a la vieja mansión, después de dejar al jefe del clan Gotard.

Había entrado por la puerta principal que, como de costumbre, estaba abierta.

Y casi tropezó con Nadine que huía despavorida. Tropezó con su cara cubierta de sudor, con su boca torcida en una mueca ansiosa.

Musitó:

—¿Pero qué le pasa?

De pronto, vio a Grouchy.

Éste se había puesto de nuevo las gafas negras, pero no con la suficiente rapidez. Al menos no había podido impedir que el policía viera sus ojos cosidos como los ojos de la muerta.

—¡Oiga! —gritó Battelle.

Estaba tan sorprendido, que acababa de tener como un espasmo.

El otro no intentó huir. ¿Cómo iba a huir un ciego, aunque conociese al tacto toda la casa? Dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, mientras preguntaba con voz desmayada:

—¿Qué desea, polizonte?

—¿Por qué ha atacado a Nadine?

—Yo no la he atacado. Ella huía.

—¿Pero por qué…?

La respuesta estaba clara y, sin embargo, fue Nadine quien hubo de darla. Con voz que casi no se oía, balbució:

—Tengo miedo…

La cosa era elemental. Tenía miedo de aquellos ojos. Y hasta Battelle lo tenía, aunque le diera vergüenza confesarlo.

Hubo de hacer un esfuerzo para llegar hasta Grouchy.

Le quitó las gafas con cuidado.

No pudo evitar un estremecimiento. Los dos párpados estaban cosidos de una forma tan meticulosa, que hasta daba horror. Era imposible que aquel hombre viese nada; en todo caso, los reflejos de la luz cuando era de día. Pero llevando gafas negras, ni eso podría distinguir.

Dijo maquinalmente:

—Considérese detenido, Grouchy.

—¿Por qué? —preguntó el joven con una calma glacial—. ¿Por el hecho de llevar cosidos los párpados?

—Por eso, por ejemplo.

—No es ningún delito.

—Dejar ciego a un hombre lo es. Está castigado con la misma pena que el homicidio simple, la violación de una mujer o la castración de un hombre: veinte años de reclusión nada menos.

—Entonces…, busque al que lo hizo. No me detenga a mí, que soy la víctima.

El argumento era tan lógico y desarmaba de tal modo a Battelle, que éste tuvo un acceso de rabia. Estuvo a punto de abofetear a Grouchy.

—¿Quién lo hizo? —Tuvo que preguntar.

—No se lo diré.

—Entonces, le detengo, Grouchy. Y hasta me bajo los pantalones y me ensucio en toda su estirpe. ¿Me ha entendido bien? En toda su estirpe.

Grouchy procuró no ofenderse. Tampoco le hubiera servido de nada. Una línea de ira pasó por su boca, pero desapareció pronto.

—¿Por qué me detiene, polizonte? —preguntó al cabo de unos instantes.

—Pues, por ejemplo, por denegación de auxilio a la autoridad. No denunciar un delito, aunque uno sea la víctima, es delito a su vez.

—De acuerdo… Me rindo.

—También le detengo por allanamiento de morada —insistió el gendarme—. ¿Quiere algún motivo más? También le he sorprendido cuando la señorita Gotard huía de usted. No sé si pensaba atacarla, pero tengo mis sospechas. De modo que, por todos esos motivos, y sobre todo porque a mí me da la gana…, ¡arreando!

Grouchy no protestó. Pero, de repente, parecía haber perdido el

conocimiento de la casa que tuvo antes. Tropezaba. Para llegar hasta la puerta tuvo que ser acompañado por el brazo inflexible de Battelle.

A todo esto, Nadine ya se había recuperado un poco.

Miraba a Grouchy con inquietud y con miedo, pero, al mismo tiempo, también con pena. Balbució quedamente:

—¿Qué va a hacer con él?

—De momento, interrogarle, por supuesto.

—Si mis palabras han de servir para ayudarle…, debo confesar que no intentaba perseguirme. Me he asustado yo…

—Ya declarará ante el juez, señorita Nadine —dijo Battelle—. En el plazo de setenta y dos horas deberé entregar a este hombre en el juzgado, y si le maltrato me veré en un lío. No, no sufra por él. Yo tampoco sería capaz de pegar a un viejo.

—Es usted un viejo policía, señor Battelle —dijo ella suavemente —, pero veo que el oficio no le ha corrompido de ninguna manera.

—Todos los oficios acaban corrompiendo un poco… —gruñó él —. Hasta los buenos. Por cierto, quería preguntarle una cosa.

—¿Qué?

—No se ofenda. Si usted quiere, puede no contestarme puesto que la pregunta afecta a su honor. O si lo prefiere, tiene el derecho de contestarme en privado.

—Pero si no contesto usted hará que me interrogue el juez y entonces habré de hablar, ¿no? —preguntó ella tras apretar los labios.

—Con franqueza, eso es lo que me vería obligado a hacer.

—Está bien, pregunte. ¿De qué se trata?

—¿De quién es usted hija? —dijo Battelle, secamente.

La pregunta desconcertó a Nadine Gotard. Por un momento hasta palideció un poco. Luego hundió la cabeza para preguntar:

—¿Qué importa eso?

—Puede tener cierta importancia para aclarar un crimen — musitó Battelle—. No, no es que sea cuestión clave. Sólo resolvería un problema familiar que no acabo de ver claro. Todo viene de una cierta reticencia del viejo Gotard, que no acabo de entender. ¿Me contesta usted, Nadine?

—Es que no quisiera ofender a…

—¿A su padre?

—Es su buen nombre el que me importa, no el mío —dijo Nadine—. De todos modos, Edmond, al fin y al cabo, se portó como un caballero. Me reconoció. Me dio sus apellidos. Nunca me soltó un centavo, pero tampoco me ignoró por completo.

—¿De modo que Edmond, eh?

—¿Qué pasa con él? ¿Qué es lo que sabe usted?

—Me lo figuraba —dijo pesadamente Battelle, sin contestar a la pregunta—. El viejo Gotard también me lo insinuó, pero quería comprobarlo. Sentiría que esta cuestión le hubiera ofendido, Nadine.

—No, no me ha ofendido. Ya le he dicho que para los jóvenes, esas cuestiones no tienen ya tanta importancia. Sobre todo en las ciudades.

—Cierto. Pero el campo es distinto. Supongo que usted sabe que su padre ilegítimo murió, ¿verdad?

—Sí, claro. Me lo dijeron mis primas, las que vivían en esta casa. Ellas conocían bien mi historia.

—Y la comprendían, sin duda, porque también eran jóvenes, ¿no? Oiga, otra cosa, ¿puedo saber quién es su madre?

—No, eso no, porque yo misma no la he conocido —murmuró Nadine, ahogadamente—. Imagino que mi padre me reconoció a cambio de que ella renunciara a todo.

—Como siempre se ha hecho en estas zonas rurales —masculló Battelle—. Los grandes señores que *son honrados* y quieren guardar el buen nombre, a mí me dan asco. Puesto que la madre ya les sirvió para lo que les tenía que servir, lo mejor es que no moleste. En fin, perdone que la haya molestado. Vamos.

—¿Yo también? —preguntó ella, con sorpresa.

—Sí.

—¿Es que estoy detenida?

Battelle logró sonreír por primera vez en mucho tiempo. La ingenuidad de aquella pregunta casi le conmovió.

—No, claro que no está usted detenida —dijo—. Lo único que ha de hacer, es presentar una declaración sobre lo que ha ocurrido. Ah… Y no volver a esta casa.

—¿Va a impedírmelo?

—Claro que voy a impedírselo. Ya sé que usted está en su derecho, pero por mi parte tengo el deber de proteger las vidas de

los habitantes de la región. Este sitio es demasiado peligroso para usted. Volverá a vivir en el Hôtel du Lac.

El tono de su voz no admitía réplica.

Hasta Nadine comprendió que era inútil oponerse, de momento, a aquella orden. Se dejó conducir con Grouchy, que tenía que llevar las manos por delante como un pobre ciego, hasta el coche de Battelle.

Salieron a la carretera principal.

Y, de pronto, Battelle musitó:

—Qué raro… En casa de la vieja *madame* Cousteau hace un par de días no tenían televisión. Ahora deben tenerla.

La muchacha volvió la cabeza.

La casa de *madame* Cousteau era un pequeño edificio de una planta, ruinoso y fétido, situado en lo alto de una colina.

De una de las ventanas se desprendía una luz violácea.

Podía parecer, en efecto, el reflejo de una pantalla de televisión.

Pero Nadine recordaba aquella luz especial. Recordaba haberla visto en la ventanilla de un tren expreso que pasaba.

No hizo ningún comentario.

Pero tuvo que cerrar los ojos desesperadamente.

En el fondo de su columna vertebral, como un golpe de látigo, sintió el ramalazo del miedo.

CAPÍTULO XVIII

El entierro de Marie había tenido lugar aquella tarde, con la sencilla solemnidad campesina que se venía usando durante siglos. El jefe del clan Gotard asistió, con lágrimas en los ojos. Todos los parientes más o menos lejanos y hasta los amigos de la comarca se vistieron de luto. Patrice, la hermana mayor de la muerta, estaba tan blanca como los encajes de una novia. Tuvieron que sostenerla varias veces durante la ceremonia, para que no cayese. El tiempo ayudó a la tristeza de la tarde enviando sobre el paisaje unas finas gotas de lluvia.

El entierro no tuvo lugar en el viejo cementerio, junto al cual había sido asesinada, sino en el nuevo camposanto de Passy. El viejo cementerio estaba clausurado por las autoridades y ya no se permitían las inhumaciones en él. Además, puesto que Marie había sido asesinada en aquel lugar, es posible que nadie hubiera podido resistir la macabra coincidencia.

Cuando todo hubo terminado, el viejo Gotard tuvo que ser asistido de una especie de ataque. Aquello había sido demasiado para él. Dos amigos se lo llevaron en un coche a Molineux, donde existía una buena clínica. Los demás parientes se dispersaron. La lluvia seguía cayendo mansamente sobre el paisaje, haciendo brillar la nueva losa.

MARIE GOTARD

Sólo decía eso.

Pero detrás de esas dos palabras, todos sabían que palpitaba el miedo, todos sabían que palpitaba algo que eran incapaces de comprender.

A Patrice la llevaron a su casa, en el coche de unos parientes lejanos. Entró en ella como quien entra en su propia tumba.

La sensación de soledad era espantosa.

Muerta su hermana menor y enfermo su padre, al que estaban atendiendo en la clínica, no había nadie en la casa. Los parientes que la habían traído allí acordaron volver dentro de media hora (el tiempo justo para meter a sus hijos en cama) y llevarla a Molineux para que pasara la noche junto a su padre. Pero, de momento, Patrice Gotard estaba sola, sola como no lo había estado jamás.

Fue recorriendo las habitaciones una a una.

Oía el crujido de las tablas del suelo, el chasquido misterioso de los muebles, el resbalar del agua en los goterones que recibían la lluvia.

Aquella casa parecía marcada por el signo de la muerte. Cada habitación desierta era el recuerdo de alguien que vivió y ahora no existía. Cada sonido familiar de los muebles, de las paredes, le traía un escalofrío de miedo.

Miró el reloj.

Habían pasado unos veinte minutos desde que la dejaron sola. Ya no podían tardar en volver a buscarla.

Lo estaba deseando.

El tiempo se le hacía interminable.

Todos los crujidos que ella conocía tan bien, y que son inevitables en las viejas casas, le parecían, ahora, pasos de oscuros fantasmas que venían a visitarla.

Estremecida de miedo, se sentó en una de las sillas bajas que había en el comedor.

La bombilla enviaba una luz mortecina.

Todo en torno suyo se iba poblando de sombras.

Con los ojos entornados, recordó las cosas que pasaban allí en otro tiempo, cuando tía Carole invocaba a Yahré. Ella era muy niña, y a veces, le permitían asistir a las ceremonias, que eran muy sencillas, pues consistían en una especie de cánticos en voz muy baja. Jamás ocurría nada, pero al terminar aquellos cánticos, tía Carole parecía transfigurada. Cierta noche vieron al fondo del bosque una luz violácea. Fue entonces cuando tía Carole se suicidó, aunque ella no sabía por qué. Era tan niña, que no se daba cuenta de los detalles que rodeaban su vida.

Los ojos de Patrice Gotard seguían entornados.

Aquellos sonidos familiares que llegaban desde todos los

rincones de la casa seguían rodeándola.

Miró de nuevo el reloj.

Sólo habían transcurrido cinco minutos desde que se sentó.

Le parecía increíble.

Tenía, a veces, la sensación de que había transcurrido una noche entera.

De pronto se irguió.

¿Qué era aquel ruido?

¿Quién andaba por la planta baja de la casa?

Salió a la escalera.

Una luz amarillenta e irreal flotaba junto a la puerta. Todo estaba poblado de sombras, pero ninguna de ellas se movía.

El chasquido se repitió.

Ahora ya no tenía ninguna duda.

Alguien andaba allí…

—¡Lucien! —llamó—. ¡Lucien!

Lucien era el más íntimo de los amigos que la habían traído hasta allí y que tenían que volver a buscarla.

Nadie contestó.

Las sombras se movieron. La luz pareció hacerse más amarilla y más irreal. El sonido de la lluvia se intensificó y llenó la casa entera.

Las manos de Patrice se aferraron a la barandilla.

Le pareció que quemaba.

Tenía tanto miedo que se hubiera puesto a gritar.

De pronto, se dio cuenta de que no tenía valor alguno para seguir en la casa, y de que sería mejor esperar fuera la llegada de Lucien. Además, era ya casi la hora de que volvieran a buscarla.

Descendió las escaleras.

Para llegar a la puerta exterior, tenía que atravesar la habitación principal de la casa, donde estaba la chimenea, y por eso franqueó el umbral. Le pareció que la luz allí era mucho más clara, como si las bombillas hubieran ganado en intensidad.

Y entonces vio a la mujer.

Estaba quieta, sentada en una de las sillas bajas, cerca de la chimenea. La miraba fijamente. Sus ojos hipnotizaban.

Y en sus labios flotaba una sonrisa.

Era también una sonrisa quieta, pero en la que había algo de diabólico.

No se movió.

No hizo nada para agredirla.

Y sin embargo, el grito de Patrice… ¡estremeció la noche!

¡Se dio cuenta de que iba a morir!

¡Y supo entonces por qué había muerto su hermana Marie!

Ella había visto aquella cara. La había visto en un retrato ovalado sobre una tumba. La… ¡LA CONOCÍA BIEN…!

Los labios de la mujer se movieron.

Dijo, con terrible suavidad:

—Ven aquí, pequeña.

Los pies de Patrice se habían clavado en el suelo. No podía avanzar ni retroceder. Estaba tan aterrada, que su voluntad no le servía. Los músculos parecían de cartón. Sólo pudo llevarse las manos a la boca y gritar otra vez.

Fue inútil.

El grito se perdió en la noche.

—¿De qué tienes miedo, pequeña? ¿No me recuerdas? ¿Por qué quieres huir? ¿No me has visto otras veces, antes de ahora?

Patrice cayó hacia delante. Sus rodillas se doblaron. Tuvo que sujetarse a los costados de la puerta para no desplomarse del todo, mientras de su garganta escapaba un grito gutural por tercera vez.

Y, sin embargo, tenía que reconocerlo.

La mujer NO DABA MIEDO.

Incluso sonreía con dulzura.

Ahora estaba quieta frente a ella, después de ponerse en pie. Pero las cosas que dan miedo en este mundo son muy complejas. A veces una cara normal da más miedo que la de un monstruo.

Se oyó un leve chask.

Las tijeras que aquella mujer tenía en la mano, se habían abierto.

Parecía haber estado cosiendo ropa hasta aquel momento. Al menos, la ropa descansaba en su falda. Al levantarse la había sujetado con la mano izquierda mientras con la derecha hacía oscilar las tijeras.

Patrice sólo pudo balbucir:

—Noooooo…

Recordaba el retrato oval.

Recordaba la lápida blanca.

Y aquella cara…

¡La última cara que Marie había visto antes de morir!

De pronto, la mujer lanzó la ropa que sostenía en su mano izquierda. Lo hizo suavemente, pero con una habilidad satánica. La ropa cayó de tal modo, que cubrió por completo la cabeza de Patrice.

Ésta no pudo evitarlo.

De pronto quedó ciega.

¡Ciega como había quedado Justine antes de morir!

No pudo ni gritar, porque ahora el terror era más fuerte que su voz, más fuerte que sus pensamientos. Sólo oyó los pasos que se acercaban a ella.

Fue una suerte que no viese el brillo de las tijeras.

Fue una suerte que no viese el brillo de su propia sangre.

Las dos púas metálicas se hundieron en la ropa, debajo de la cual estaba la cara de Patrice Gotard. La tela, que era de un suave color gris, se tiñó de rojo. Las púas subieron y volvieron a bajar.

Sonó una risita diabólica.

Patrice cayó de rodillas.

Gimió.

Ya no tenía fuerzas para hacer llegar su voz más allá de las paredes de la casa. Sus dedos arañaban las tablas del suelo.

Inclinó la cabeza.

Las puntas de las tijeras encontraron ahora su nuca.

Casi fue mejor.

Patrice dejó de sufrir. Dejó de sentir aquel miedo espantoso que le llegaba hasta el fondo de las entrañas.

Quedó tendida en el suelo, mientras las tijeras bajaban por última vez.

Mientras la oscuridad, a lo lejos, era rasgada por los faros de un coche, las tablas del suelo de la casa de los Gotard empezaron a teñirse de rojo.

CAPÍTULO XIX

En aquellos momentos, en la clínica de Molineux, el viejo Gotard empezaba a sentirse mejor. Le habían administrado una inyección de no sabía qué (tampoco le importaba maldita la cosa) y las fuerzas volvían a él, poco a poco. Fue entonces cuando volvió a acordarse de su hija Patrice.

No tenía la menor idea de lo que había pasado con ella.

Le quedaba una vaga sensación de dolor y recordaba confusamente que lo habían metido en un coche, sacándolo del cementerio. Patrice había quedado con no sabía quién, y ahora un oscuro temor le rodeaba al sentir la presencia de la noche.

Se incorporó.

Estaba vestido, pero en una cama.

Sin duda le habían dejado allí para que descansase.

La habitación era pequeña y fría. La ventana daba a un jardín desde el que llegaba el susurro del viento en los árboles.

Aquella sensación de miedo, al pensar en Patrice, volvió a acometer al viejo Gotard.

Pulsó el timbre para llamar a la enfermera, pero como ocurre en casi todas las clínicas del mundo, la enfermera no acudió. Debía estar haciendo cosas más importantes —al menos para ella— en cualquier otro sitio. Gotard saltó entonces de la cama y tuvo un momento de vértigo, pero en seguida se sintió mejor.

Buscó un teléfono.

En la habitación no lo había.

Con pasos que cada vez eran más firmes, se dirigió a la puerta y salió. El pasillo estaba en penumbra. Una serie de puertas iguales a la suya se alineaban en el pasillo. En la pequeña clínica rural, no parecía haber ni una presencia humana.

Pero, eso sí, al final de aquel pasillo existía un teléfono, que era lo único que importaba a Gotard. Fue hasta allí y marcó el número

de su casa.

Quería hablar con Patrice.

Necesitaba estar seguro de que no le ocurría nada.

El timbre sonó insistentemente al otro lado, en una casa que parecía vacía. El viejo sintió que unas gotitas de sudor colgaban de su frente. Lleno de angustia, colgó y volvió a llamar. Es algo que hace mucha gente, como si la segunda llamada hubiera de ser más eficaz que la primera.

Al menos, ésta lo fue.

Descolgaron el teléfono.

—¡Patrice! —gritó el viejo—. ¡Patrice!

No le contestaron.

Al otro lado del hilo se oía solamente una respiración quieta, suave, casi silbante.

—¡Patrice!

Otra vez el silencio.

Sólo llegaba hasta él aquella respiración que parecía surgir de las sombras.

De pronto, colgaron.

Gotard miró el auricular que sostenía en su mano como si fuera un objeto del Más Allá, algo que no hubiera visto nunca. Con voz pastosa, gritó:

—¡Infiernos!

Una mano le quitó entonces el aparato. Gotard vio a su lado a la enfermera, que había acudido con retraso, pero había acudido al fin. Era una robusta matrona que pesaba mucho más que él y que, al ser más joven, le dominaba con su vigor físico.

—¿Pero qué hace aquí? —preguntó—. ¿A quién llamaba?

—Necesito hablar con la policía.

—Tonterías, señor Gotard. Piense en usted mismo. ¿No se da cuenta de que ha sufrido un ataque y éste puede repetirse?

—Algo le ha ocurrido a mi hija Patrice. ¡Le digo que llame a la policía!

—Es usted el que me ha llamado a mí, señor Gotard. Pero no he podido venir antes. Hala, cálmese. Me han encargado que lo cuidara y lo cuidaré. ¡No faltaba más…!

El viejo intentó desasirse.

No pudo.

Bruscamente notó un pinchazo en su brazo izquierdo. Se dijo que aquellas brujas pensaban en todo. Ya llevaban el inyectable preparado cuando abrían la puerta.

Una sensación de debilidad le envolvió de nuevo. Notó que aquella mujer lo llevaba casi en volandas hasta la cama, donde lo depositó. Lo dejó vestido como estaba, mientras decía junto a la puerta:

—Con esto dormirá un rato. Estese quieto. Voy a avisar al doctor Jacquet.

La puerta se cerró. Gotard luchó desesperadamente contra su propia somnolencia, aquella somnolencia que le hacía creer que nada de lo que estaba ocurriendo era verdad. Se inclinó a un lado de la cama y cayó. Tuvo una náusea.

No supo cuánto tiempo estuvo así, mientras hacía esfuerzos terribles por levantarse. Temió que de un momento a otro llegase el tal doctor Jacquet, mas por lo visto la enfermera no lo encontraba. Al fin avanzó de rodillas hacia la puerta, mientras sentía que se ahogaba poco a poco.

Pudo abrir.

Otra vez vio el pasillo silencioso.

El teléfono al fondo.

Fue hacia él apoyándose en las paredes y trató de marcar el número de Battelle, que conocía bien, pero sus dedos eran incapaces de encontrar las cifras. Todo daba vueltas en torno suyo. Tuvo que apoyarse en una puerta para no caer y la puerta cedió.

Se dio cuenta de que allí empezaban unas escaleras.

Tuvo que hacer un esfuerzo terrible para no caer rodando por ellas, pero la propia inercia le hizo descender pesadamente. Vio que a un lado había un ascensor con las puertas abiertas. Era uno de esos típicos ascensores de las clínicas, enormes y solemnes, en los que cabe una camilla con un vivo… o un muerto.

No se introdujo allí.

El ascensor no le servía de nada.

Como necesitaba pedir ayuda a alguien, se aferró a la esperanza de la puerta que quedaba a su derecha. La abrió. Y, de pronto, estuvo a punto de lanzar un grito de horror.

Claro que era natural que en una clínica hubiera aquello.

Se trataba del depósito de cadáveres.

Sobre tres solemnes mármoles, había tres muertos. Debía tratarse de víctimas de un accidente de tráfico, pues sus cuerpos estaban materialmente destrozados. Un espeso olor a formol se extendía por aquel recinto donde el aire, de pronto, parecía haberse hecho irrespirable.

El viejo Gotard fue a volver atrás.

Pero no pudo.

Había visto aquella cortina.

Y debajo de la cortina, los pies de un hombre.

Un escalofrío de miedo le recorrió de parte a parte, pero él no era como Patrice. Él, a pesar de los efectos de la inyección, aún quería luchar. Avanzó y cayó materialmente, sobre uno de los muertos. Con una sensación de asco volvió a incorporarse. Siguió avanzando como un borracho.

Llegó hasta la cortina.

La descorrió bruscamente.

Y vio los ojos.

La boca.

La sonrisa cruel.

La mueca de la muerte.

Unas tijeras que estaban todavía ensangrentadas, se tendieron hacia su cuello.

Los zapatos masculinos avanzaron.

Fueron las dos manos las que dieron aquel tijeretazo terrible. La yugular de Gotard se partió bruscamente en dos.

Quiso gritar, pero su propia sangre le ahogaba. Emitió apenas un gorgoteo. Sin darse cuenta cayó hacia atrás, sobre la mesa de uno de los muertos.

La figura avanzó, poco a poco.

Sabía que no necesitaba clavar las tijeras ya más.

Un momento después, el ascensor donde eran llevados los cadáveres al depósito funcionaba de nuevo. Una figura subió en él al primer piso.

Luego se perdió en la noche. Fue meticulosamente tragada por las sombras.

CAPÍTULO XX

Nadine Gotard sentía zumbar en las sienes el silencio de la casa. Después de su fuga del Hôtel du Lac y su vuelta a la siniestra mansión, notaba una especie de vértigo y empezaba a lamentar haber seguido aquel camino. Hubiera sido mejor quedarse en el hotel… Hubiera sido mejor no volver a encontrarse con aquellas paredes, con aquellos cristales emplomados detrás de los cuales parecían acechar los fantasmas.

En aquellos momentos todo el mundo la creía durmiendo en el hotel. Nadine estaba segura de eso. No contaban, sin embargo, con su agilidad para saltar desde una ventana que estuviera sólo en el primer piso. Le había sido tan fácil escapar de allí, que a veces hasta sentía lástima de Battelle, el cual no debía pensar ni remotamente en buscarla.

Nadie sabía que volvía a estar en la casa de las tres hermanas.

En aquella casa donde imperaba la muerte.

Encendió un quinqué y miró en torno suyo. A cualquier mujer del mundo le hubiera dado miedo aquella decoración fantasmal, aquella especie de universo de horror en que se había metido. Pero los ojos de Nadine no parpadearon siquiera, al mirar hacia las ventanas más allá de las cuales palpitaba la noche.

Había que reconocer que en la casa no existía nada de anormal. Salvo la vejez de los muebles y de las paredes, las otras cosas no daban miedo. Pero la atmósfera que flotaba allí era una atmósfera *distinta*. No parecía posible encontrarla en ninguna otra casa del mundo.

Se notaba la presencia de las tres mujeres que habían muerto en ella.

Se notaba como si aún estuvieran respirando allí.

La muchacha acercó el quinqué a la ventana.

Y las vio.

La acechaban desde más allá de los arbustos. Dos de ellas la miraban con sus ojos quietos. La otra…, ¡la otra tenía los ojos cosidos espantosamente!

Nadine se volvió.

Todos sus músculos estaban tensos.

En su boca se dibujaba una mueca que nadie hubiera sabido comprender.

Bruscamente apartó el quinqué de la ventana para no soportar más aquella visión de aquelarre. El disco de luz se desplazó entonces hasta una de las viejas cortinas de la sala.

Los ojos desorbitados de Nadine vieron la parte baja de aquellas cortinas.

Una parte baja, tras la que asomaban los zapatos de un nombre.

CAPÍTULO XXI

Si ella hubiese sabido el efecto que en el viejo Gotard había producido la visión de unos zapatos como aquéllos, antes de morir, es posible que hubiera soltado el quinqué con un estremecimiento de miedo. Pero Nadine no podía saber el efecto que una visión como aquélla había producido en Gotard. Sólo podía saber el efecto que le producía a ella.

Tragó saliva.

Todos sus músculos estaban tan tensos, que le hacían daño.

Pero fue valiente otra vez. El miedo que hubiera podido dominarla no la venció. Llegó hasta las cortinas mientras contenía la respiración.

Las descorrió brutalmente en tanto lanzaba un grito.

Porque allí estaban los ojos otra vez.

Los ojos siniestramente cosidos.

¡Grouchy!

Las manos de éste se movieron velozmente, como las de un muñeco metálico que se dispara de pronto.

Fueron hacia el cuello de Nadine.

Lo sujetaron con ansia.

CAPÍTULO XXII

Nadine lanzó un estertor. Intentó apartarse, pero no pudo. Tuvo la suficiente serenidad para dejar el quinqué sobre la mesa más cercana, a fin de no provocar un incendio, mientras un segundo gemido llenaba la habitación.

La angustia llenaba su boca.

Y entonces, inesperadamente, Grouchy la soltó.

Con la mayor tranquilidad, dijo:

—No sabía que era usted, Nadine.

Ella se rehízo con dificultad. Tuvo que dejarse caer sobre una de las butacas y respirar ansiosamente. El aire faltaba en sus pulmones. Vio que Grouchy se apartaba de las cortinas y venía hacia ella, guiándose por el ruido de su respiración.

—Lo siento —repitió—. Pensaba que era otra persona.

—¿Pero…, qué hace usted aquí?

Nadine había logrado reponerse un poco.

Su voz había sonado natural y clara.

—Me han dejado en libertad —dijo Grouchy—. Después de todo, no podían mantenerme detenido allí. Y parece que Battelle tiene otras preocupaciones, porque acaban de asesinar al viejo Gotard. Eso ha hecho que se olvidara de mí completamente.

Nadine palideció de tal modo que por unos instantes pareció una muerta.

—¿Han… asesinado al viejo Gotard? —balbució.

—Sí. Y también a su hija Patrice. Han sido dos crímenes muy rápidos. Todo ha ocurrido en menos de una hora.

—No es posible…

Nadine Gotard le miraba con ojos aterrados, aunque él no podía verla. Sus manos se sujetaron con terrible fuerza a los brazos de la butaca.

—Lamentablemente, es cierto —musitó él—, y eso ha hecho que

Battelle quisiera librarse de mí y me soltara.

—¿Antes o después…?

—Después, naturalmente.

Y Grouchy sonrió. Aquella sonrisa flotó en sus labios como algo parecido a una mueca triste.

—¿Es que desconfía de mí? —dijo.

—Ya no sé ni…, ni lo que tengo que pensar. Perdón. Pero en estos momentos sospecho de todo el mundo.

—¿Y usted? ¿Cómo está aquí? —preguntó Grouchy, suavemente —. ¿No la habían trasladado al Hôtel du Lac para que no corriese peligro?

—Sí, pero me ha sido imposible soportar aquel encierro. Además, allí no hacía nada. Es aquí donde tengo que encontrarme con las hermanas Gotard. Es aquí donde necesito hablar con ellas.

Su voz había sonado profunda y lenta como la de una iluminada. Había en ella algo de médium que está en trance. Si Grouchy hubiese podido verla, se habría sorprendido de verdad.

Pero todo aquello le parecía absurdo. A pesar de los misteriosos crímenes que se estaban sucediendo unos a otros, no podía creer en nada que no fuera absolutamente real.

—¿Pero aún cree que están vivas? —musitó—. ¿Qué tontería es ésa?

—Hace poco las he visto —confesó ella, con la misma voz profunda.

—¿Qué…, qué dice?

—Las he visto en el jardín. A las tres juntas. Justine llevaba los ojos cosidos como la noche en que murió.

Se puso en pie y avanzó hacia la puerta que daba al jardín. Él la siguió como hipnotizado. Podía adivinar la presencia de la mujer, por el ruido de sus pasos.

Salieron para ser envueltos por las sombras de la noche. Nadine Gotard, con una sangre fría admirable, no demostraba el menor miedo. Señaló el punto exacto en que había visto a las tres mujeres, pero Grouchy no podía verla a ella ni adivinar sus gestos. De todos modos, adivinó su presencia y supo calcular más o menos exactamente, el lugar en que se encontraban. Luego se volvió poco a poco hacia la casa.

Con un sentido de orientación admirable, y que había adquirido

con mucha rapidez, avanzó por el sendero. No se daba cuenta de que la noche era cada vez más espesa y de que volvía a surgir la niebla. No podía ver que en las ventanas de aquella enorme mansión sólo brillaban un par de lucecitas remotas.

Era como el escenario de una película macabra.

Era como para ponerse a chillar.

Pero Grouchy no podía ver nada de aquello, y en cuanto a Nadine Gotard, seguía demostrando una sangre fría asombrosa.

Estuvo unos momentos en el lugar donde habían aparecido las tres hermanas. Luego volvió junto a él. Llegó a tiempo de sujetar a Grouchy antes de que éste tropezara con uno de los peldaños.

—Debe irse de aquí —dijo, suavemente—. Parece mentira que aún conserve esa manía de hacer la tesis doctoral de una muerta. ¿Por qué no se marcha a París y se olvida de todo esto? Es como empeñarse en sufrir una pesadilla.

—¿Y usted? ¿Por qué no se marcha? —susurró Grouchy.

—Yo tengo que hablar con Justine.

—También se empeña en sufrir una pesadilla, ¿no? Usted sabe perfectamente que Justine está muerta.

Ella no contestó. Entró en una de las habitaciones que daban al gran vestíbulo y regresó con una botella. La puso en la mano derecha del hombre, depositando también un vaso en su izquierda.

—Beba —dijo—. Un trago nos sentará bien a los dos.

Él se sirvió un pequeño chorro, midiéndolo cuidadosamente. Tendió, por cortesía, el vaso hacia la mujer.

—Usted primero, Nadine.

Ella bebió el licor de un trago. Aquello pareció animarla. Luego él se sirvió otro poco y bebió en el mismo vaso.

—¿Dónde dejo esto? —preguntó.

—No se preocupe, lo dejaré yo misma.

—No, no… Quiero hacerlo yo. Me he de acostumbrar otra vez a la casa.

Fue de un modo maquinal al cuarto del cual ella había salido. Parecía haber seguido sus movimientos, uno a uno, por el ruido de sus pasos. Entró en la habitación y dejó la botella y el vaso sobre una repisa.

No las vio.

No podía verlas, claro.

Él llevaba los párpados cosidos.

Pero caso de poder verlas, habría lanzado quizá un grito de horror, a pesar de toda la sangre fría que había demostrado hasta entonces.

Porque las tres hermanas estaban allí.

Sí. Incluso Justine.

Justine, con sus párpados también cosidos.

Las tres se encontraban en la habitación donde Grouchy dejó el vaso y la botella.

Casi las rozó.

Pero no pudo ni imaginar que estuvieran allí.

No captó ningún rumor.

Ningún aliento.

No captó aquella presencia irreal.

Cuando él salió, el silencio parecía haberse hecho más espeso, más angustioso, más maléfico, en torno a la enorme casa.

CAPÍTULO XXIII

Nadine Gotard se acarició las comisuras de los labios con un gesto nervioso. Por primera vez y durante unos segundos solamente, pareció cansada de aquello y como al borde de sus fuerzas. Pero no dijo una sola palabra.

Se había estirado los labios hasta que su boca adquirió por unos instantes ese aspecto cómico que adoptan las bocas de los niños cuando se las ensanchan tirando, hacia afuera, de los extremos de los labios. Se vio entonces que le faltaba una muela. Era el único detalle feo en su, por otra parte, perfecta boca. Pero como aquella muela estaba muy al fondo, junto a la del juicio, su falta no se advertía ni al reír, a menos que lanzase una carcajada muy amplia.

Grouchy pareció desorientado unos instantes.

Murmuró:

—¿Sigue usted ahí?

Ella dejó de acariciarse las comisuras de los labios.

—Sí —dijo—, claro que estoy aquí. Me sabe mal que usted se haya molestado.

—Es que no quiero perder el contacto con la casa. Me ha costado mucho conocerla, ¿entiende? Y aun así sólo conozco al tacto las habitaciones principales, las que se usan corrientemente, porque hay alas de este edificio que no he pisado jamás. Y dudo que las hermanas Gotard pusieran los pies en ellas.

—Probablemente, no —dijo Nadine—. Esto es demasiado grande. Corresponde a la época en que los Gotard eran gente importante, pero de eso hace ya más de cien años.

—¿Cómo debían de sentirse en esta casa? —preguntó él—. Es lógico que aquí tuvieran toda clase de supersticiones y que creyeran en misterios. Incluso en Yahré. Parece que Yahré, esa especie de Drácula que nunca muere, ha sido un factor constante en las creencias ocultas de esta comarca.

La muchacha se estremeció.

¿Por qué la había intranquilizado al oír el nombre de Yahré esta vez? ¿Por qué tuvo la irreal sensación de que allí al fondo del jardín, había de nuevo una extraña mancha azulada?

Grouchy encontró al tacto una de las butacas.

Se sentó en ella y volvió la cabeza hacia la chica. Parecía como si la mirara. Palpó la mesa que tenía delante y dijo, con voz ligeramente ronca:

—He pensado muchas veces en aquella noche, ¿sabe? La noche en que las tres hermanas murieron. Debió ser horrible para…, para Justine sobre todo, que estuvo hablando horas y horas con la persona que acabó asesinándola. Una noche interminable, angustiosa, macabra. Sólo al pensar en ella, siento un escalofrío. Y pienso también que algo tiene que haber aquí. Que Justine, a lo largo de tantas horas, hubo de dejar una pista, una señal, algo que pudiera llevar a la identificación del asesino.

Nadine negó con la cabeza.

—Qué tontería pensar en eso… —dijo.

—No es ninguna tontería… Justine sabía que sus dos hermanas habían sido asesinadas y que ella lo sería también. Por lo tanto, debió intentar dejar alguna pista. Su último y desesperado deseo debió ser ése.

—Pero…, ¿lo consiguió?

—No lo sé, —dijo el joven con un gesto de desánimo.

Y de repente añadió:

—Le voy a contar un secreto.

—¿Qué secreto?

—Verá… Fue algo que me negué a decir a Battelle, aunque, en realidad, no fuese nada ilegal. Pero me molestó que lo supiera.

—¿A qué se refiere?

—Fui yo quien se hizo coser los párpados.

—¿Us…, usted?

La palabra de Nadine había sido casi un gemido.

Él musitó:

—El trabajo me lo hizo un buen cirujano. No veo nada, pero no hay peligro para los ojos. En el momento oportuno, puede descoser los párpados y volveré a ver perfectamente, previos unos días de llevar un vendaje. A cualquiera le puede parecer que estoy loco,

puesto que pagué a un cirujano para hacer eso, pero tenía mis razones.

—¿Qué razones?

—Yo quería a Pauline, ¿sabe? —dijo él con voz algo tensa—. Claro que usted es inteligente y ya lo habrá adivinado a través de lo que le he dicho. Mi mayor anhelo es que su muerte no quede impune. ¿Pero qué podía hacer para eso? Pauline no estuvo en situación de dejarme ninguna pista, porque murió casi instantáneamente. La única que pudo dejarme alguna pista fue Justine, la cual tardó en morir unas horribles horas. Ahora bien, para encontrar esa pista, esa señal, ese indicio, yo tenía que ver el mundo tal como ella lo vio. Mejor dicho, tenía que *no verlo*. Por eso quise ponerme exactamente en las mismas condiciones en que se hallaba aquella macabra noche: vine a la casa, le eché un vistazo para conocerla un poco y luego me hice coser los párpados.

Nadine se estremeció.

Le pareció que en todo aquello había algo irreal, algo que estaba más allá de la muerte. Apretó los labios y por un momento se nublaron sus ojos. Luego, preguntó, con una calma glacial:

—Me parece que ha hecho un sacrificio inútil, Grouchy. ¿Ha podido averiguar algo?

—No. Desgraciadamente, nada.

—La persona que mató a mis primas puede ser alguien que no existe realmente —murmuró—. Quiero decir que aquí hay demasiados elementos misteriosos como para creer en algo normal. Tengo la sensación de que nunca averiguará nada.

—La misma sensación tengo yo —dijo él, con un absoluto desánimo—. Pero necesitaba probarlo.

Ella se levantó.

También parecía desalentada, como si poco a poco hubiera ido perdiendo las fuerzas.

Se dirigió a una de las habitaciones del fondo. Iba a encender otro quinqué, porque aquella semioscuridad le destrozaba los nervios. Era como si los dos estuvieran encerrados en una tumba.

Y entonces supo que alguien estaba allí.

Acechando en las tinieblas.

Alguien que, de pronto, saltó hacia ella.

Vio el relampagueo del cuchillo.

Nadine Gotard, mientras se llevaba bruscamente las manos a la garganta, lanzó un gemido de horror.

CAPÍTULO XXIV

El gemido no fue sólo de horror, sino también de sorpresa. Porque el que la estaba atacando era el hombre del que menos hubiera podido sospechar nada. Era la primera persona a la que vio al llegar aquella noche a la sórdida estación de Molineux. Se trataba de… ¡Marcel! ¡El que la vino a recoger con el coche!

El cuchillo que llevaba voló como un relámpago hacia la garganta de Nadine Gotard. Ésta sintió que el frío de la muerte llegaba hasta su sangre. Quiso dar un paso atrás, pero ya no pudo. Había una butaca en su camino. Chocó con ella, dio una vuelta de campana, mientras el mueble caía también. Nadine mostró enteramente sus hermosas piernas. Marcel saltó sobre ella como un lobo rabioso.

La muchacha no tenía fuerzas para defenderse ni para contraatacar. El más absoluto horror flotaba en su cara. Con las dos manos frenó momentáneamente el cuchillo que venía hacia su carne.

Grouchy oyó aquel gemido. Se enteró de la caída del mueble y comprendió lo que iba a pasar.

Pero tenía los párpados cosidos. No podía ver nada… ¡Absolutamente nada…!

Una terrible sensación de impotencia se apoderó de él.

Comprendió que había dado con el auténtico asesino, con el lobo solitario que había asesinado a las hermanas Gotard y luego había cometido los otros nauseabundos crímenes. Ahora el lobo se disponía a asestar el último y definitivo zarpazo.

Grouchy se movió maquinalmente.

Sólo podía guiarse por el sonido.

Pero en aquellos dramáticos segundos, cuando todo se decidía a cara o cruz, su oído no falló. Supo darse cuenta exacta del sitio en que estaba el hombre. Además, Nadine le guió con un hilo de voz:

—Encima mío… ¡Cuidado!

Grouchy alzó uno de los candelabros.

Se exponía a fallar y matar a la muchacha, pero no podía elegir. Lo descargó con todas sus fuerzas, calculando la distancia por el sonido.

Dio en la columna vertebral a Marcel. Éste lanzó un grito de dolor, y por unos segundos quedó inmóvil, pero no soltó el cuchillo.

Grouchy asestó un segundo golpe.

Tenía que hacerlo ahora o no lo haría nunca.

Esta vez dio de lleno en la nuca de Marcel. Por el siniestro chasquido comprendió que acababa de matarle. El pesado candelabro de bronce era de los que no perdonan cuando se golpeaba bien con él.

Nadine se levantó poco a poco.

Estaba aterrada aún.

Su boca se había abierto en una mueca angustiosa. No podía respirar. Cayó casi de bruces en los brazos de Grouchy.

Éste la acogió en ellos. La sostuvo impidiendo que rodara por el suelo.

Bruscamente se había apoderado de él una gran paz al saber que acababa de salvarla. Se había adueñado de él una gran ternura.

Nadine musitó:

—No puedo creerlo… Él… Precisamente él… ¡Es imposible!

—Nada es imposible —murmuró Grouchy—. Desde el principio di por descontado que ocurriría alguna cosa inesperada, y esa cosa inesperada ha ocurrido. No pienses más en ello, puesto que ya ha pasado todo. Respira con calma… Así… Profundamente…

Le acariciaba las mejillas.

Nuevamente sentía llegar hasta él, inundándole, aquella oleada de ternura.

Pero un hombre que tienes los párpados cosidos, un hombre que es prácticamente un ciego no puede notar de una forma exacta lo que hace con sus dedos. No puede darse cuenta de que a veces toca algo que no debió tocar, Y así los dedos de Grouchy resbalaron por las mejillas de la muchacha y se introdujeron prácticamente en las comisuras de sus labios. Penetraron un poco en su boca.

Nada hubiera sucedido, caso de respirar Nadine normalmente. Aquellos dedos hubieran resbalado por las comisuras de sus labios y

nada más. Pero Nadine jadeaba todavía, respirando dificultosamente, y tenía la boca abierta.

Por eso los dedos del ciego tocaron el interior de aquella boca.

Y notaron el único defecto que había en ella.

Aquella muela que faltaba.

Aquella muela situada exactamente delante de la del juicio.

La muela que faltaba precisamente en el lugar en que Justine, antes de morir, dejó la marca en el cepillo de dientes que tenía forma curvilínea. Aquel cepillo de acusada forma que casi seguía la línea de la dentadura.

Los dedos de Grouchy se detuvieron trémulos.

Y fue entonces cuando se dio cuenta de aquello.

Cuando comprendió que todo coincidía con el último mensaje de la muerta.

Fue entonces cuando su cuerpo sufrió una brutal sacudida.

Cuando se dio cuenta de la horrible verdad.

Cuando comprendió que estaba… ¡ANTE EL MONSTRUO!

¡Ante la loba sedienta de sangre…!

CAPÍTULO XXV

Ella notó que algo había cambiado en la actitud del hombre. Se dio cuenta del estremecimiento de su cuerpo. Notó que uno de los dedos de Grouchy se había detenido precisamente en el único defecto de su boca.

Preguntó con voz tensa:

—¿Qué ocurre?

Grouchy se había apartado poco a poco.

No podía verla, no advertía su presencia más que por el compás irregular de la respiración.

En aquel momento hubiera debido disimular, puesto que al no conocer la posición de Nadine estaba indefenso. Pero una cosa tan sencilla le fue imposible. Estaba metido en el túnel del horror y ya no podía volver atrás. Su propia expresión le traicionaba.

—Creo que hay algo… que no has podido disimular —dijo—. Creo que Justine, antes de morir, aquella horrible noche… te señaló precisamente a ti. En tu propia boca has llevado la señal de tu culpabilidad. Ha sido la única cosa que no has podido ocultar.

Las facciones de Nadine se oscurecieron.

Hizo una extraña mueca.

Pudo apretar los labios.

Su respiración se había hecho ahora aguda, silbante, pero poco a poco iba dominándola para no delatar su presencia.

Sus ojos también se habían transfigurado.

Eran duros, crueles.

Había en ellos algo de maléfico.

Eran unos ojos implacables que parecían mirar desde más allá de la tumba.

Más de una persona los hubiera reconocido. Más de una persona había visto aquellos ojos y aquella cara en un retrato oval situado sobre una lápida.

Con una voz silbante y tensa, Nadine Gotard masculló:

—Has cometido un terrible error, estúpido. Has ido demasiado lejos cuando debieras haber pensado que no puedes defenderte. Has averiguado algo que nunca debiste averiguar… ¡porque en ello va tu propia vida!

Grouchy se estremeció otra vez, pero no fue de miedo. Fue de asombro y casi de asco. Fue un estremecimiento visceral. Fue algo que le dejó con los pies clavados en el suelo, sabiendo que, en efecto, no podría defenderse.

Ella preguntó con voz burlona:

—Debe haber muchas cosas que no comprendes, ¿verdad? Muchas cosas que te gustaría saber antes de irte aullando al otro mundo…

—Sí —dijo él con una extraña serenidad—. Montañas de cosas que no entiendo. En primer lugar la carta. Fue enviada desde aquí y era auténtica. Unas muertas te invitaban a esta casa. ¿Cómo pudiste conseguirlo…?

—Muy sencillo —dijo Nadine con voz apacible, sintiéndose cada vez más segura de sí misma—. Me limité a aprovechar una circunstancia fortuita. Justine me había invitado, efectivamente, a venir a esta casa. Lo hizo antes de morir, claro. Pero ella nunca ponía fecha en las cartas. Yo conservaba aquélla y, en el momento oportuno, busqué a un hábil falsificador que, empleando la misma clase de tinta, pusiera la fecha a aquella carta, una fecha que correspondía a dos años después de la muerte de las Gotard. Él también me escribió el sobre. Yo fui a Molineux en coche un domingo al anochecer, deposité la carta en el buzón y me largué. De ese modo la misiva que recibiría iba a ser rigurosamente auténtica, salvo en un par de detalles accesorios en los que no se fijaría nadie. Claro que siempre hay un fallo, y ese fallo ha estado a punto de costarme la vida ahora. Marcel debió verme entonces, cuando echaba la carta, y aunque no lo ha recordado hasta ahora ha ido atando cabos. Por lo visto mis crímenes, o mejor dicho, mis actos justicieros, le habían indignado. Ha querido atacarme de una forma primitiva, brutal. Ha querido hacer justicia por sí mismo, al estilo de esta tierra, pero tú lo has evitado. Peor para ti.

Su voz reflejaba una dureza metálica, una dureza casi obsesionante. Grouchy se dio cuenta de que su suerte estaba

decidida.

Pero no se movió.

Con voz que aún era tranquila, puesto que sabía que ya nada podía evitar, dijo:

—Pero hay otras cosas que no concuerdan… Por ejemplo, tú estabas de viaje cuando las tres hermanas murieron…

—No, no estaba de viaje. Estaba aquí, puesto que acabé con ellas de la forma que todo el mundo conoce. Lo del viaje fue una coartada que casi no tuve necesidad de utilizar. Fui a España pocos días antes del crimen y presenté el pasaporte en la frontera. Pedí que me lo sellaran y lo hicieron; de ese modo acreditaba mi salida del país. Pero muy poco después regresé, y entonces presenté sólo el documento de identidad, no el pasaporte. Naturalmente, no me sellaron nada. Oficialmente era como si aún siguiese de vacaciones en España. Una vez cometido el crimen, regresé a la frontera y volví a presentar mi documento de identidad, como hacen casi todos los franceses. Tampoco me sellaron nada, claro. Pasado un plazo prudencial regresé a Francia y en la frontera presenté de nuevo el pasaporte, pidiendo que me lo sellaran. De ese modo yo podía acreditar, en caso necesario, que había estado en España durante el tiempo en que se cometió el crimen.

Con una voz tranquila y pausada, con una voz lenta que reflejaba una determinación inflexible, continuó:

—Esos puntos, pues, estaban muy bien asegurados. Pero yo no sólo quería actuar impunemente, sino reírme, además, de la policía y de la gente estúpida de este lugar. Por eso hice creer a Blanchot, a Marsac y al mismo Battelle que las tres hermanas Gotard aún vivían. En realidad hasta podían verlas con sus propios ojos, pero eran tres figuras de plástico muy ligero que se inflaban y desinflaban, adquiriendo en cada caso dimensiones adecuadas. Yo mismo las había pintado, pues como todo el mundo sabe soy una aventajada alumna de Bellas Artes. Primero las puse en el jardín, en un lugar donde fueran visibles desde la ventana. Luego las he trasladado a esa habitación de al lado. Tú has estado a punto de tocarlas al poner la botella en su sitio, pero no te has dado ni cuenta. Dentro de poco las destruiré, puesto que ya no me sirven para maldita la cosa.

Grouchy no se había movido durante todo este relato,

pronunciado con voz lenta e inflexible.

Sabía que estaba perdido.

No podía ver nada y, además, nunca podría quitarse por sí mismo los puntos que cerraban sus párpados, cosa que debía hacer un cirujano. La muerte estaba con él, y él lo sabía, pero no se movió. No tembló ni uno de sus dedos. En el fondo, de una sola cosa podía estar satisfecho: de haber descubierto por sí solo la verdad, la horrible verdad.

Murmuró:

—¿Pero todo eso por qué? ¿Por qué? ¿Cuál era la razón de que odiaras tanto a toda tu familia? ¿Por qué has llegado a eliminarla de una forma tan salvaje?

—La respuesta está en una fotografía que yo me llevé de una tumba —dijo tranquilamente Nadine.

—¿Una fotografía en una tumba?

—Sí. La de mi madre.

Ahora sí que Grouchy se estremeció. Sus jóvenes facciones sufrieron una sacudida. Por un momento no entendió nada, absolutamente nada.

—¿Tu madre? —musitó.

—Sí. Carole Gotard.

—¿Aquélla cerca de cuya tumba ase… asesinaron a Marie?

—Sí. Y no digas *asesinaron*. Puedes decir tranquilamente *asesinaste*. Porque fui yo. Como también he sido yo la que ha liquidado a Patrice. Y al viejo. Todo el vergonzoso clan de los Gotard ha sido barrido. Sólo quedo yo.

—¿Por qué? Aún no me has explicado la razón. ¿Por qué?

—Carole Gotard tuvo un desliz siendo muy joven —explicó ella lentamente—, y el jefe del clan Gotard la repudió. La expulsó como a una perra. Esas cosas ya no les suelen ocurrir ahora a las mujeres, pero hace más de veinte años, y en estas zonas rurales, aún ocurrían. Se decidió en consejo de familia que yo moriría al nacer, y en efecto fui abandonada en un vertedero, lejos de aquí. Quizá mucha gente piense que esas cosas ya no ocurren, que son algo del pasado. Pues bien, se equivocan. Si repasan los periódicos encontrarán casi cada semana un recién nacido abandonado o muerto. Carole, mi madre, no pudo soportar eso y se quitó la vida. Pero los miembros del clan jamás lo confesaron. Para ellos había

muerto en un ataque de locura. La sepultaron en el viejo cementerio y en paz. Un sencillo retrato oval fue colocado sobre su tumba.

Con voz espesa, cada vez más difícil de entender, prosiguió:

—Pero aquel hecho hizo reflexionar al viejo. La tragedia le hizo darse cuenta de su error y aún llegó a tiempo de sacarme del vertedero, aunque en condiciones lamentables. Algunos médicos me han dicho que en mí hay algo, una cosa que no funciona, un sector del cerebro que quedó dañado algún día, aunque no han sabido decirme cuándo. Yo sí que lo sé. Yo lo atribuyo todo a aquella terrible prueba. Hay momentos en que me olvido de todo, en que sólo siento odio… ¡Odio…! ¡ODIO!

Sus dientes chirriaron. Sus manos arañaron el aire.

Grouchy lo adivinó por su voz: estaba ante una loca.

Para él fue una suerte no verle. Fue una suerte no encontrarse con aquellos ojos desencajados y donde brillaba la lucecita del mal.

—Oficialmente dijeron que yo era hija de Edmond, fruto de una aventura —continuó—. Durante muchos años, mejor dicho muchos siglos, ya se sabe lo que ha ocurrido: los hijos ilegítimos de los hombres son *aventuras*. Los de las mujeres son *deshonores*. A Edmond le fastidió un poco tener que reconocerme, pero al fin me dieron el apellido y más o menos me mantuvieron. Claro que muy mal. Yo he tenido una niñez angustiosa, durante la cual llegué a enterarme de la verdadera historia. El propio Edmond me la contó. Los demás no la sabían: sólo el viejo jefe del clan, pero ahora está muerto… ¡MUERTO!

Había vuelto a excitarse. Sus manos volvían a arañar el aire.

Grouchy hubiera podido decirle docenas de cosas. Miles de cosas tal vez. Que las personas muertas no tenían ninguna culpa de aquella turbia historia. Que el propio viejo Gotard la había recogido, al fin, y le había procurado un apellido y un sustento, por lo que su culpabilidad era sólo relativa. Hubiera podido decirle que aquel deseo de venganza era insano y que nada se resuelve con la muerte. Pero de nada servía ya hablar. Sabía que aquel cerebro trastornado, donde había espesas zonas de sombra, no le comprendería.

—¿Por qué retiraste el retrato de la tumba? —preguntó solamente.

—Porque podía comprometerme. En realidad parece mentira

que Battelle no haya pensado en eso. Claro que… ¡pasaban tan pocas personas junto al viejo cementerio! Pero mi madre era mi vivo retrato. Era YO MISMA. Por lo tanto, la policía podía haber atado algún cabo. Era mejor que no lo viesen.

Grouchy hundió a cabeza.

La horrible, la viscosa verdad había obrado en él como un veneno.

Le dejaba sin fuerzas.

Y sabía, además, que no podría defenderse. Que era ya inútil hacer nada. Había llegado al final de un largo camino, más ¿para qué? ¿De qué le servía si al final de aquel camino estaba la muerte?

Nadine había sujetado el cuchillo con las dos manos.

Grouchy no llegó a verlo.

Era como un asesinato ritual.

La hoja brilló tenuemente.

Bajó.

Al subir ya brillaba menos.

Estaba roja.

Volvió a bajar.

Cuando subió de nuevo goteaba sangre.

Grouchy había caído de rodillas.

Ni siquiera se quejó.

La última de las puñaladas, la definitiva, la mortal, le atravesó la nuca.

Y entonces Nadine Gotard lanzó un salvaje grito de triunfo.

Una especie de alarido salvaje. De loba en celo que vuelve a su camada.

La carcajada resonó en toda la casa.

Vibró en las paredes.

Disipó las viejas sombras.

Ahora sólo le quedaba una cosa por hacer: destruir las figuras de plástico representando a las tres hermanas. Las figuras que había pintado ella misma y que ahora estaban deshinchadas en un rincón de la habitación contigua.

Entró en ella.

Aún seguía riendo.

Su risa salvaje aún vibraba en las sombras.

Y, de pronto, aquella risa cesó.

Sus ojos se desencajaron.
Sus manos temblaron en el aire.
¿Qué era aquello?
¿Quién había inflado las figuras otra vez?
¿Por qué parecían moverse? ¿Por qué la miraban como si tuvieran vida?
¿Y qué era aquella luz azulada y siniestra, la misma que ella vio en una ventanilla del tren?
¿Qué era aquella figura siniestra que se movía al fondo?
Nadine lanzó un gemido.
Las piernas se negaban a sostenerla.
No podía creer en la vieja leyenda.
Con un hilo de voz balbució:
—Yahré…
La visión espantosa la hizo caer de rodillas.
En ese momento hubiera querido tener los ojos cosidos. Hubiese querido no ver… ¡No ver nada! ¡No ver…!
La luz azulada la envolvía poco a poco.
Era tan intensa que llegaba a cegarla.
La guadaña diminuta, parecida a una hoz, segó su garganta. Lo hizo casi dulcemente. La sangre se esparció en gotas diminutas por las sombras. La cabeza de Nadine Gotard pareció flotar por los aires.
Luego se hizo el silencio.
Un silencio aterrador.
Casi demoníaco.
Battelle, que llegaba en un coche patrulla, vio el resplandor desde lejos, en una de las ventanas, y susurró:
—¿Pero qué pasa en la casa de las Gotard? A lo mejor es verdad que tenían algo de brujas… ¡Les han instalado la televisión después de muertas…!

F I N



FRANCISCO GONZÁLEZ LEDESMA (Barcelona, 1927) es abogado, periodista y escritor.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de **Silver Kane**, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia,* alcanzando en ambos periódicos la categoría de redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona,* novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984

obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.

Notas

[1] Este macabro suceso es absolutamente cierto y lo recogió la prestigiosa revista francesa *L’Express*, pero para no darle una publicidad innecesaria, se ha cambiado aquí el nombre de la protagonista, y el lugar del hecho. *(N. del A.)*. <<

[2] Como el lector sin duda sabe, las llamadas *misas negras* fueron una superstición medieval, o más bien una desviación religiosa, durante las cuales se invocaba al diablo, y hasta en algunos casos le eran ofrecidos sacrificios humanos, de niños o de doncellas, por ejemplo. De todos modos, hay sobre estos hechos muchas versiones, y la fantasía ha jugado en ellos su papel a lo largo de los siglos. Lo que resulta evidente es que muchos de los acusados de haber celebrado *misas negras* fueron condenados a la hoguera o a ser empalados vivos. ¿Hasta qué punto la ambición jugó también su papel en esos oscuros procesos? Parece que cuando se quería aniquilar a una familia entera o apoderarse de sus bienes, bastaba acusarla de brujería y convencer a los jueces. Esto último era tan fácil para los grandes señores de la época, que sin duda se cometieron monstruosas injusticias que la Historia no acabará de desvelar jamás. *(N. del E.)*. <<